Alí Gómez García

Francisco de Miranda

Peregrino de la libertad





Francisco de Miranda

Peregrino de la libertad





Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: 0212-7688300 / 7688399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de portada
Mónica Piscitelli

Edición
Yuruhary Gallardo

Corrección
Vanessa Chapman

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lfi40220169001062
ISBN 978-980-14-3431-3

Alí Gómez García

Francisco de Miranda

Peregrino de la libertad



Nota editorial

Necesitamos la historia, pero la necesitamos de manera diferente a como la necesita el ocioso exquisito en el jardín del saber.

Nietzsche

Del provecho y desventaja de la historia para la vida

El historicismo presenta una imagen del pasado "eterna", el materialista histórico una experiencia de él que es única. Les deja a otros que se malgasten con la puta "Érase una vez" en el burdel del historicismo. Él queda dueño de sus fuerzas: con entereza suficiente para hacer saltar el continuum de la historia.

Walter Benjamin

Tesis para una filosofía de la historia

La fórmula: "Hace mucho tiempo" se sustituye por el más ambiguo: "Esto que se contará pasó en cualquier parte, pero pudo haber pasado aquí, hoy, ahora".

Frantz Fannon

Los condenados de la tierra

Para Alí Gómez el dato histórico no es mero registro del pasado sino signo de actualidad. Su quehacer como historiador no se basa en un despliegue ocioso y pedante de erudición, ni en el anhelo de exponer en detalle y exhaustivamente nombres y fechas buscando la

mayor exactitud posible, ni en la voluntad, que anima al historicismo, de conocer el pasado "tal como realmente ha sido". Puede decirse más bien que le "concierne aferrar una imagen del pasado tal como inesperadamente se le presenta al sujeto histórico en un instante de peligro".[1]

Así este libro es un esfuerzo por recuperar para la tradición revolucionaria venezolana no tanto la figura de Francisco de Miranda como su significación y legado. Tal como se verá en la breve introducción que Alí hace a su texto, lo que nuestros libertadores representan es el anhelo de libertad, justicia e independencia que motorizó la lucha por la emancipación, y su legado se define por lo irrealizado de dicho deseo. Puesto de otra manera, lo que nuestros libertadores nos dejaron es un proyecto inacabado de cuya realización pende nuestro destino, y, si se quiere, nuestra existencia como venezolanos y latinoamericanos.

Este hermoso, puntiagudo y afilado libro fue escrito en el contexto de la derrota de la lucha armada venezolana, esto es, en un momento en que el movimiento revolucionario se hallaba en medio de un terrible trance en el que se jugaba su existencia. Por otra parte eran los tiempos del puntofijismo, esto es, de la ignominiosa repartición de lo público entre las élites políticas y económicas, del saqueo foráneo de nuestros recursos y riquezas, y de la rendición de nuestra soberanía a intereses extranjeros, mientras que al pueblo se lo contentaba con algunas migajas y mucho espectáculo, y al movimiento revolucionario-popular, y en general a todo el que se rebelaba, se le prescribía una estricta dieta basada en cabilla y plomo.

Pero el peligro al que se enfrentaba este escrito no está definido por la derrota de la lucha guerrillera como tal, ni tampoco por la fuerza del enemigo, sino por el derrotismo conformista que postulaba no solo dejar de lado las armas como medio de lucha, sino el abandono del proyecto de emancipación siempre inacabado que define, aún hoy, nuestra tradición revolucionaria. Que aquel era el mejor de los mundos posibles, que la situación era lo más próxima que podría

---

1 Walter Benjamin. *Tesis para una filosofía de la historia.* Tesis N.º 6.

ser al sueño de nuestros libertadores y que lo mejor era doblegarse a la realidad –definida por la victoria momentánea del contrincante y la propia confusión y desencanto– es algo que postulaba no solo el puntofijismo, su intelectualidad y voceros políticos, sino incluso parte de la izquierda revolucionaria.

Este libro es hoy, cuando el movimiento revolucionario venezolano atraviesa un momento de crisis y de necesarias definiciones y cuando el conformismo se presenta como una alternativa mórbida, una convocatoria franca y abierta a aferrar como causa de deseo el legado emancipador de nuestros padres de la patria.

En la presente edición de *Francisco de Miranda. Peregrino de la libertad,* se han corregido erratas que pasaron desapercibidas en ediciones previas, las fechas referidas han sido verificadas y se han unificado al español los nombres propios escritos en otras lenguas. Nos hemos abocado a estas correcciones a pesar de que no alteran en nada decisivo la potencia subversiva de este libro para evitar que se sigan usando las erratas e imprecisiones como excusa para descalificar el trabajo de Alí Gómez García y la tradición revolucionaria a la que pertenece. Si, para traer a colación el dato actual, lo decisivo no es cuál retrato del Libertador se asemeja más a la figura de Bolívar "tal como realmente era", sino qué representa cada uno de sus retratos y cuál (o cuáles) representa(n) aquello por lo que luchó y por lo que nosotros debemos seguir luchando (cosa que evidentemente no tiene nada que ver con la imagen en sí, sino con el significado que histórica y políticamente se le atribuye), entonces este libro contribuye al reconocimiento de la utopía verdadera a la vez que invita a trabajar por su realización, y esta es la razón por la cual esta casa editorial ha decidido reeditarlo.

Para finalizar queremos agradecer a la familia del comandante Nicanor por compartir con todas y todos su trabajo.

Lenin Brea

Introducción

Somos de los que creen que la situación actual que vive Venezuela nada tiene que ver con la puesta en realidad de los sueños de nuestros padres de la patria. Existe una minoría opulenta y cínica que sostiene lo contrario. Para ellos Guaicaipuro, José Leonardo Chirino, Francisco de Miranda y Simón Bolívar lucharon a brazo partido para expulsar a los mulos castellanos, y después entregarles nuestras riquezas y sudor a los magnates norteamericanos y el poder a una casta de parásitos.

Otros, la gran mayoría, intuyen que no es así, que los libertadores no pueden haber deseado una Venezuela de ranchos, desempleo, drogas, ignorancia y enfermedad. No, no puede ser esta la tierra prometida.

En general, ha sido la intelectualidad al servicio de los explotadores la que ha monopolizado la propiedad e interpretación de nuestra historia. Saben los doctores de la ley que un crónico apego por la libertad y la soberanía es la constante que se desprende del análisis de nuestras sagradas escrituras nacionales. Saben las alimañas que a un pueblo se le confunde y se doblega cuando se le mantiene incomunicado con su pasado, cuando se le desvía del programa inicial de los padres fundadores.

Saben que hay un cachorrito de Bolívar dormidito en el corazón de cada venezolano decente y trabajador. Saben que la juambimbada hambrienta solo está a la espera de las consignas correctas.

Nuestro trabajo tiene la muy humilde pero subversiva intención de apertrechar a los nuevos militantes revolucionarios de conocimientos elementales acerca de Francisco de Miranda, que en su condición de precursor y venezolano universal luchó toda su vida para darnos, junto con Bolívar, país y democracia, esa que con el correr de los años y los dólares desvirtuaron los parásitos.

En ese orden de cosas, la revolución venezolana no es más que la continuación de la obra de Miranda y Bolívar por medios modernos.

Capítulo I
Reacomodos en el Viejo Mundo

El mayor auge del Imperio español coincide con el gobierno de Carlos V (1520-1558), nieto de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, por la vía materna y, a su vez, nieto de Maximiliano I de Habsburgo (Austria), lo que le valió heredar el Sacro Imperio Romano-Germánico, fundado por Carlomagno en el año 800, sobre los restos del antiguo Imperio romano de Occidente.

Para la época de Carlos V, el Sacro Imperio comprendió territorios de las actuales Alemania, Hungría, Checoslovaquia, Austria, Holanda, Bélgica e Italia. Con la incorporación de España se sumarían las colonias de América, costa de Marruecos, Nueva Guinea y Filipinas.

Con el fortalecimiento de la burguesía en Europa, estos dueños de empresas y comerciantes, conscientes de su hegemonía económica, pasan a la lucha por el poder político para la eliminación definitiva de las trabas y prejuicios feudales. Para ellos no tiene ya ningún sentido que la conducción de la nueva sociedad, que de hecho se ha ido formando, esté en manos de los nobles y holgazanes señores feudales y sus ideólogos: los frailes barrigones.

Por ello, la burguesía, en alianza con sus obreros y los campesinos endeudados, se lanza a la lucha política tratando de resumir en sus consignas las reivindicaciones nacionales y las aspiraciones principales del resto del bloque popular, y aun de "toda la humanidad".

Comenzó a difundirse el "humanismo", doctrina que se centró en el ataque contra las viejas concepciones religiosas y las ideas científicas atrasadas. Partían de la igualdad natural del hombre, lo que debía corresponder con una igualdad política y jurídica. Preconizaban el reconocimiento de la dignidad natural del ser humano, independientemente de su origen y posición social, y su superación con base en el desarrollo de sus habilidades y virtudes, en oposición a las prédicas sobre la resignación ante el destino trazado por un ser superior.

Estos novedosos y subversivos enunciados ideológicos fundamentaron, además, un amplio movimiento cultural que se conoce con el nombre de Renacimiento. Humanistas fueron Dante, Petrarca y Bocaccio en Italia. En Inglaterra se destacó Tomás Moro, quien predicó un socialismo más instintivo que científico, irrealizable para la época, por lo que se llama utópico. Rabelais se mofaba de eclesiásticos y monjes. En Alemania fueron célebres Erasmo de Rotterdam y Ulrico von Hutten; en España lo fue Juan Luis Vives. Estas ideas también cobraban fuerza entre las masas campesinas y pobres de la ciudad, quienes aspiraban además una reorganización social. Ya desde 1476 comenzó la agitación de Alemania. Se recuerda la fracasada insurrección campesina dirigida por Hans Baheim.

En 1517, Lutero da lugar a la reforma protestante, respuesta de los nobles alemanes y de la burguesía contra la dominación de la monarquía española y los abusos del Papa.

En 1521, el cura Tomás Müntzer se convirtió en el dirigente revolucionario de las clases más explotadas, predicando una sociedad igualitaria y el establecimiento del reinado de Dios en la Tierra.

En el plano religioso, los pobres adoptaron la variante protestante de los anabaptistas o de los "rebautizados".

En 1524, el movimiento se convirtió en una gran guerra campesina, apoyada también por obreros y artesanos. La derrota se debió a la deserción de la nobleza y la capa alta de la burguesía. El propio Lutero se pasó al campo enemigo llamando a los campesinos "perros rabiosos", a quienes había que "golpear, estrangular y apuñalear". Por otra parte, existió descoordinación entre las regiones insurreccionadas, desorganización, indisciplina e inexperiencia en lo militar. En síntesis, carecían de una doctrina científica para la toma del poder por parte del pueblo, y su conservación.

Paralelamente, Carlos V guerreó contra Francia, en respuesta a los ataques de Francisco I contra Navarra, por posesiones italianas y Flandes (actual Bélgica), desde 1521 hasta 1544.

Para el efecto, los franceses se aliaron a Inglaterra, luego a Dinamarca, Suecia y a los turcos otomanos. Finalmente, Carlos V salió victorioso.

Esta guerra tiene la característica de que marca el inicio de los golpes que recibiría España en su frontera americana. Buques franceses apresaron a las naves en que Cortés remitía a la península los tesoros mexicanos, y hundieron un barco en las costas de Puerto Rico.

En 1543 los franceses saquearon Cubagua y la quemaron. En 1555 hicieron lo mismo con Margarita y La Habana.

Solo con el cese de esta guerra, el emperador pudo cargar sobre los autonomistas príncipes alemanes que luego lo derrotarían, por lo que abdicó a favor de su hermano Fernando I; este concilió con los feudales germanos, decretando la independencia y la igualdad de derechos del protestantismo.

En la propia España se dieron movimientos insurreccionales. En 1521 se levantaron los ciudadanos de Toledo, Madrid, Valladolid y otras ciudades, exigiendo mayor autonomía comunal. También se alzaron los gremios en Valencia y Mallorca en 1522. Ambos movimientos fueron totalmente aplastados.

Con respecto a América, durante este reinado se consuma la exploración y la mayoría de las conquistas. Carlos V, endeudado por las guerras, realizó empréstitos con los banqueros alemanes.

En pago, arrendó a los Welser el territorio venezolano durante el período comprendido entre 1528 y 1545.

Carlos V entrega el trono de España, los Países Bajos y las posesiones italianas a su hijo Felipe II, casado con María Tudor, reina de Inglaterra. Durante este reinado (1556-1598) se acentuará el absolutismo y el poder de la jerarquía católica.

Felipe, en 1557, se vio combatido en las posesiones italianas por una extraña alianza entre el papa Paulo IV, el sultán de Turquía y Enrique II de Francia, sucesor de Francisco I. El rey español responde atacando Roma y Francia, a las que obliga a firmar la paz en 1559.

En Inglaterra muere María Tudor y queda como reina su hermana Isabel, quien se pasa a la religión protestante, rompiéndose así la alianza con España.

La burguesía de los Países Bajos se hallaba bastante desarrollada, siendo sus principales áreas la pesquería, la construcción de barcos, la producción de telas, hierro y el comercio en general. No tenía, pues, necesidad de seguir sometida al gran feudo español. Adoptó el protestantismo en su variante calvinista. En el caso de los campesinos y obreros se prefería el anabaptismo.

Ante los primeros síntomas de autonomía, Felipe II echó mano de la represión y la persecución religiosa. Comienza la insurrección en Holanda contra la cual la Corona española destacó al sangriento duque de Alba, quien llegó a asesinar a más de ocho mil personas a través del "Santo Oficio". El gran celo demostrado por los inquisidores, más que por motivos religiosos, tiene que ver con el hecho de que una tercera parte de los bienes del condenado pasaba a la Iglesia y el resto al rey de España.

Los insurrectos holandeses, al mando de Guillermo de Orange, combinarían la rebelión en las ciudades con la guerra en el mar. Para el efecto desarrollaron una poderosa flota con la que hostigaron barcos y factorías españolas.

Felipe II guerrearía también contra los turcos, venciéndolos en Lepanto (1571).

Los ingleses y franceses atacaban a España en el Caribe. Es la época de los corsarios Hawkins, Lowell, Bontemps, Jacque de Sores,

Pierre Le Grand, Nicolás Valier y sus correrías por las costas de Venezuela y Nueva Granada.

El inglés Drake asaltó Panamá en 1573 y luego golpearía en las costas de Galicia, las islas Canarias, Santo Domingo, Cartagena, Cádiz y Portugal, país último invadido por Felipe II en 1580.

España preparó su llamada "Armada Invencible" y la enfiló hacia Inglaterra. Felipe II quería tomarse la isla para colocar en el poder a una hija suya, recibiendo para ello ayuda del papa Sixto V. En agosto de 1598 fue derrotado en el Canal de la Mancha, y Drake aprovechó el alboroto para saquear La Coruña, Vigo y Lisboa.

Con la derrota de la "Invencible" quedaron desguarnecidas aún más las defensas españolas en el Caribe. En 1595 Raleigh se apoderó de Trinidad y atacó Cumaná, Riohacha y Santa Marta. Mientras Preston saqueaba Caracas y Coro, Drake hacía de las suyas en Curazao, Panamá y Puerto Rico. Posteriormente, Shirley desvalijó Margarita, Jamaica y Trujillo (Honduras).

En 1596, Francia e Inglaterra reconocen la independencia de Holanda y le prestan ayuda en su guerra contra España.

Los hugonotes (calvinistas) levantarían en Francia la causa de la reforma burguesa, combatiendo contra Enrique II y sus sucesores Francisco II, Carlos IX y Enrique III. Finalmente, vencería la fracción protestante colocando a Enrique IV en el trono.

En el siglo XVII continúa gobernando la dinastía Habsburgo en España: Felipe III (1598-1621), Felipe IV (1621-1665) y Carlos II (1665-1700). Prosigue la guerra entre España e Inglaterra. A su vez, Holanda ataca a Felipe III en las Canarias y Gibraltar, antes de pactarse la tregua de 1609 a 1621.

Los holandeses aprovecharían sus luchas de independencia para hacerse de su propio imperio comercial, inundando de mercancías las colonias españolas, en ayunas –a causa de las guerras– del abastecimiento de la metrópoli.

Holanda se apoderó de la actual Nueva York, Guayana, Surinam, Java, el archipiélago de la Sonda, las costas de la India y algunos puertos de África Occidental.

España (con Felipe III y Felipe IV) participa en la llamada Guerra de los Treinta Años (1618-1648) en defensa de su aliado Fernando II, rey de los restos del antiguo Imperio germánico, al que se le insurreccionaron la burguesía protestante y los nobles alemanes. Estos fueron apoyados por una coalición formada por Francia, Inglaterra, Holanda, Suecia y Dinamarca.

Derrotados Fernando II y Felipe IV, Alemania quedaría desmembrada en casi trescientos principados. Suecia y Francia se anexarían territorios.

Los Habsburgo solo quedaron gobernando Austria, Bohemia (actual Checoslovaquia), Hungría y el norte de Italia, siempre en alianza con los Austrias españoles.

En América, España sufriría también su Guerra de los Treinta Años. Los holandeses intentarían tomar Margarita, Araya, Unare y Puerto Cabello, en las costas venezolanas. Atacaron Puerto Rico y Cuba en varias ocasiones, recordándose la captura de la Flota de la Plata por parte de Pieter Heyn en aguas cubanas.

Finalmente, Holanda tomaría posesión de Curazao, Aruba, Bonaire, San Eustaquio, San Martín y Saba, en el Caribe, y Pernambuco, en Brasil.

Francia se anexó la parte occidental de Santo Domingo y las islas La Tortuga, Guadalupe, Dominica, Martinica, San Bartolomé, Santa Lucía y Granada.

Por su parte, los ingleses atacarían Maracaibo, así como puertos hondureños y mexicanos, mientras se posesionaban de la Mosquitia nicaragüense y las islas caribeñas de Santa Cruz, San Cristóbal, Barbuda, Antigua, Barbados, Providencia, San Andrés y Monserrate.

Hacia fines del siglo XVI, la burguesía inglesa se había desarrollado ampliamente, por lo que también entró en contradicción con la hegemonía política de la nobleza feudal. Atrincherados en el Parlamento, los burgueses pugnaban por controlar el gobierno.

Esta lucha tomó también un tinte religioso. A partir de la muerte de María Tudor, en 1558, los reyes de Inglaterra habían adoptado el anglicanismo como religión oficial, por lo que a los calvinistas

o puritanos se les persiguió sin piedad. De estos son los que desde 1607 emigran a Norteamérica.

En vista del cariz que toma la situación, Carlos I se retira al norte del país, donde los señores feudales todavía eran fuertes, y en 1642 declara la guerra al Parlamento. Oliverio Cromwell se pone a la cabeza de las tropas de este y en sucesivas batallas derrota a las fuerzas reales. Carlos I fue hecho prisionero.

Las masas populares se desbordan, exigiendo la devolución de las tierras usurpadas, la mejora de la situación económica, libertad religiosa, la abolición del poder real y el sufragio universal. Estaban dirigidas por los llamados "niveladores".

A su vez, el rey se fuga y se pone a la cabeza de motines contrarrevolucionarios. Es derrotado nuevamente y decapitado.

Luego Cromwell se dedicaría a reprimir a sus antiguos aliados, los niveladores (pequeña burguesía) y los cavadores (proletariado agrícola), fundando en 1649 una república dirigida por la gran burguesía comercial.

El principal exponente de las teorías de los cavadores fue Winstanley, cuyas ideas se asemejan a las del comunismo utópico en lo de la abolición de la propiedad privada y los prejuicios religiosos.

Con la conquista y el saqueo a Irlanda y Escocia, la burguesía acrecienta sus riquezas. La anexión fue completada en 1653.

También los ingleses arremeterían contra España hostigando a Santo Domingo y posesionándose de Jamaica en 1655, isla que convierten en el mayor centro operacional de los contrabandistas y corsarios de la época. En este sentido, célebre fue el pirata Morgan, saqueador de la ciudad nicaragüense de Granada, de Maracaibo y de Panamá.

En 1658 muere Cromwell sin haber podido cumplir su sueño de asaltar las minas de México y a Puerto Rico. La burguesía inglesa, a espaldas de cualquier tipo de reivindicación popular, pacta con los sobrevivientes del antiguo régimen, restableciéndose la monarquía con los hijos del rey ajusticiado. Sin embargo, Carlos II y Jacobo II pretendieron renovar la supremacía de la nobleza anglicana. La gran burguesía maniobró hasta colocar monarcas más dóciles

como Guillermo III y Jorge I, quienes se sometieron al control del Parlamento.

En el reinado de Carlos II, "el Hechizado" (1665-1700), España fue despojada por Francia de sus territorios en Flandes, que era lo que quedaba de los Países Bajos.

Estas guerras contra Luis XIV se produjeron desde 1667 a 1697 y también tendrían como escenario el Caribe. Establecidos en La Tortuga, los corsarios franceses atacaron Maracaibo y Mérida en 1667. En 1678, el pirata Grammont saquearía también Maracaibo y Mérida, así como Trujillo y La Guaira.

Desde Haití, asaltarían Veracruz, Santo Domingo y Cartagena (1697).

En este conflicto, Holanda actuaría aliada a España; Inglaterra también actuó contra Luis XIV desde 1686 a 1690; por tanto, en el Caribe se disputaban con Francia algunos territorios.

Podemos añadir que de todos estos líos se aprovechó Portugal para recobrar su independencia en 1668, colocándose bajo protección inglesa.

Holanda sale victoriosa pero luego queda derrotada por Inglaterra en la guerra de 1672-1674. En Norteamérica los británicos se apoderan de New Amsterdam.

Luis XIV también ataca Holanda. Esta obtiene la victoria, lo que no fue obstáculo para ser luego derrotada por Inglaterra en el conflicto de 1672-1674, cuyo resultado fue la pérdida de New Amsterdam, en Norteamérica.

Paralelamente, Francia consolidó sus posiciones en Canadá, Haití y la India. También es la época de la conquista de Cayena (Guayana Francesa) y de la cuenca del Mississippi (Louisiana).

Portugal, Holanda y España son ya potencias de segundo orden, Inglaterra es el "protectorado" inglés. Francia e Inglaterra son grandes rivales imperiales del próximo siglo, y España la gran víctima.

Como se habrá observado, el otrora gran imperio de Carlos V se iba debilitando cada vez más, operando tal vez aquello de "quien

mucho abarca, poco aprieta". Pero la razón hay que buscarla en el atraso socioeconómico que la incapacitó para controlar y administrar semejantes territorios, riquezas y cantidad de gente.

Resulta que para 1492, época del Descubrimiento, España recién salía de ocho siglos de dominación árabe, y ni siquiera era un país unificado, sino una serie de reinos feudales independientes entre los cuales se destacaron Castilla y Aragón, que luego se aliaron mediante el casamiento de Isabel y Fernando.

La guerra de Reconquista atrasó el desarrollo de las fuerzas productivas en la península, con respecto a países como Holanda, Francia e Inglaterra.

Por una parte, la agricultura, la artesanía y el comercio estaban en manos de los árabes, españoles musulmanes (mozárabes). Con la expulsión de estos, España se privó, durante mucho tiempo, de la posibilidad de un desarrollo de tipo capitalista y, en consecuencia, de la conformación de una burguesía. Por otro lado, la Inquisición cargó también contra los comerciantes y usureros hebreos, que emigraron a Portugal y luego a Holanda.

Es decir, que cuando España le pone la mano a América, continente encontrado por Colón por casualidad, era un atrasadísimo país gobernado por una casta militar feudal sin ningún interés de organizar la producción de mercancías e incapacitada para administrar las grandes riquezas del Nuevo Mundo con criterio y eficiencia burgueses.

Con la abundancia de metales preciosos y materias primas de ultramar y sin la infraestructura necesaria para transformarlos en mercancías, la economía española se indigestó. De hecho, la demanda superó la producción nacional, por lo que se pasó a la importación de las mercaderías más baratas y de mejor calidad holandesas, francesas e inglesas.

Se puede decir entonces que España, además de dilapidar las riquezas americanas en guerras y gastos burocráticos, más bien incentivó el desarrollo del capitalismo en esas otras naciones.

La historia de los siglos siguientes es la de la debacle general del Imperio español en manos de las burguesías europeas y luego de la

norteamericana. También es la historia de la fragua del gentilicio indohispano, opuesto por principio a cualquier tipo de dominación.

Capítulo II
Venezuela: invasión y resistencia

A partir de 1500 se desató una hemorragia de expediciones españolas en nuestro país al rescate de metales y piedras preciosas. Bien valía la pena el riesgo, y en todo caso lo corrían, físicamente, en el duro pellejo los aventureros, la delincuencia y los mosqueteros desempleados.

No queremos creer que las tripulaciones estuvieran compuestas por gente honrada y trabajadora. Con la ruina en que quedó la península luego de la guerra contra los árabes y la insurgencia protestante, estamos seguros de que los feudales no querían deshacerse de los escasísimos campesinos, ni los artesanos de sus aprendices. En principio, desembarcó, pues, en la madre naturaleza venezolana, la escoria de Castilla y sus alrededores.

Comenzaron por hollar el oriente, con el fin de apropiarse de las perlas. A tal efecto se esclavizó a los indios para que las sacaran, dejando el resuello en el tiburonoso Caribe.

Los indígenas respondieron con una gran rebelión que arrasó con los establecimientos españoles desde Cumaná hasta Cariaco. Tal fue la resistencia de nuestros primitivos paisanos que el grueso

de la invasión tuvo que ser reorientada hacia occidente. Solo hasta 1580 pudieron vanagloriarse los españoles de haber vencido a los cumanagotos, píritus y chaimas.

En occidente, caquetíos y jiraharas resistieron casi un siglo (1535-1628) en los alrededores de Nirgua y Barquisimeto, hasta quedar totalmente exterminados.

Los zaparas, habitantes del lago de Maracaibo, no cejaron su rebeldía desde 1538 hasta 1607. En los Andes, tocó a los timotocuicas enfrentarse a los invasores. Los caribes del Orinoco llegaron a sitiar la ciudad de Valencia. Incursionaron también sobre las tribus del centro. Llegaron a comandar hasta catorce mil guerreros contra las huestes de Felipe II.

En la zona limítrofe con la actual Colombia, los motilones hostigaron constantemente las fundaciones españolas. Llegaron a cercar San Cristobal, La Grita, Betijoque y Escuque.

Como observamos, no fueron precisamente los aborígenes venezolanos los más dóciles frente a la conquista extranjera. Todavía, al principio de este siglo, aventureros norteamericanos buscadores de petróleo mordían el polvo de la derrota atravesados por la flechas de los motilones. Aún en nuestros días existen grupos alzados en las altas cumbres de la sierra de Perijá. Se puede hablar también de una patria goajira no sometida del todo, desde Riohacha (Colombia) hasta los barrios de Maracaibo.

Los venezolanos del Mesolítico resistieron con terquedad y valentía. Salvo escasas excepciones, los caciques prefirieron la muerte a pactar con el invasor.

La clave estaba en que nuestros abuelitos indios no tenían su sociedad dividida en clases, sino que vivían en el comunismo primitivo. Las relaciones de trabajo eran de cooperación, no de explotación.

Los españoles no encontraron una aristocracia indígena o élite que oprimiera a su pueblo, ni interesada en asociarse con ellos. Se toparon, sí, con caciques, conductores elegidos entre los más sabios, valientes y trabajadores.

En este sentido, no hubo arreglo alguno: había que tratar a los indios como simples alimañas del bosque, imponiéndose al final el acero toledano frente a las piedras, la armadura frente a las flechas. No obstante, los invasores peludos no encontraron mucho oro y plata, aunque les costó convencerse de que El Dorado era una triquiñuela indígena para que los dejaran quietos y se internasen, en su busca, cada vez más al sur, al encuentro del reino de los tigres y las culebras.

Esta leyenda es de la misma factura que la de "la fuente de la eterna juventud", en cuya búsqueda se empeñaron vanamente los conquistadores de la Florida.

Al indio sobreviviente se le esclavizó, en el concepto de que era una especie inferior a la humana, más digna de ser tratada como bestia de labor que como gente. Opresión injusta y diabólica según Bartolomé de las Casas, que refiere lo siguiente: "Han llevado de aquí a Panamá más de veintecincomil ánimas por esclavos, y todos son muertos. Y al Perú, antes de los años dichos, más de otros quince mil, y todos son muertos. No va nao destos puertos que nos lleve más de trescientos ánimas y todos mueren…".

Más que debilidad ante el trabajo forzado, el indio se moría de la arrechera. Por otro lado, minaron su humanidad el látigo y las enfermedades europeas extrañas a sus leucocitos.

Ya por último, y cuando se estaban acabando, se inventó que sí eran gente, siempre que aceptasen la religión del de los clavos en las manos, a su mamá la virgen y a su sobrino el rey de España.

El mismo Bartolomé de las Casas propuso la compra de esclavos africanos. En este sentido, el papa Nicolás V había autorizado a Alfonso, rey de Portugal, para reducir a esclavitud perpetua a los árabes sarracenos y al paganismo en general.

Se compraron los africanos a Portugal, y luego a Inglaterra para trabajar en ostiales, minas y haciendas con los mismos derechos de los burros y los bueyes.

Según la mentalidad de los conquistadores españoles, no tenían por qué trabajar, ya que la Corona, mediante contrato o capitulación, los hizo nobles, gente de sangre azul, príncipes y señores de las

tierras que conquistasen, hombres que, como decía fray Pedro Mártir en 1524, "piensan la mayor parte que es prerrogativa especial de los nobles el vivir ociosos sin ejercitarse en nada como no sea en la guerra, y eso mandando, que no obedeciendo".

Los jefes invasores, provistos de las "mercedes reales", se apropiaron de la infraestructura agrícola indígena para su beneficio, pero con el agotamiento de minas y ostiales, la explotación agropecuaria pasó a ser su empresa principal. Se usurparon las tierras comunales indígenas, repartiéndoselas a los lugartenientes y secuaces.

Los "repartimientos" vinieron siendo una variante de los feudos europeos. Además, al cliente se le repartían indios esclavizados para que los mantuviesen. Cuando la esclavitud quedó para los negros, los indios fueron "encomendados" por el rey a los conquistadores, "para su cuidado y cristianización".

Se decía que los indios reducidos eran tan vasallos de la Corona como otros cualquiera, pero que eran como atrasados mentales, necesitados por tanto de tutores. A cambio de esta piadosa labor los indios tenían que pagar, al encomendero, tributo en trabajo (servicios) y en especies.

Los africanos, ni cortos ni perezosos, entraron en acción: en 1552 se alzó el negro Miguel en las minas de Buría. Con sus compañeros y ayuda de los jiraharas, proclamó la libertad y estableció una comuna a orillas del río San Pedro. Estuvieron a punto de tomarse Barquisimeto, pero fueron vencidos.

La Goajira se convirtió en uno de los refugios más importantes de esclavos alzados. Hacia allí convergieron los fugados de Valledupar, Cartagena y Maracaibo. Al mando del mariscal Castellanos mantuvieron roto el comercio entre Riohacha y Maracaibo, llegando a incursionar hasta esta última ciudad en 1583.

En 1603 los negros se levantaron en Margarita, tomaron embarcaciones y llegaron a la costa de Cumaná. Se establecieron en una región boscosa, hasta que fueron atacados y derrotados.

Ante las despiadadas condiciones de explotación, desde 1650 a 1749 hubo constantes sublevaciones en los valles de Aroa, El Tocuyo y Barlovento. Los negros fugados organizaban caseríos

en lo profundo del monte, y partidas de armadas para hostigar a los hacendados. Fueron notables los movimientos dirigidos por Andresote y Miguel Luengo.

Por lo general, los negros alzados hacían causa común con los indios fugitivos. En este sentido, en los llanos se fueron concentrando grandes cimarrones de ambas clases oprimidas.

El año de 1750 fue de acentuada represión en los valles del Tuy, por haberse descubierto planes de insurrección general.

Capítulo III
Los orgullosos criollos y los nuevos filósofos

La fundación de las ciudades trajo aparejada la necesidad de gobernarlas. Sujetos al poder del gobernador general español se fundaron los ayuntamientos o cabildos. Estaban formados por el alcalde mayor, también llamado corregidor o teniente de justicia mayor, los regidores o representantes de la población, los alcaldes ordinarios, el sindicato procurador, el alférez, el fiel ejecutor, el alguacil mayor, el mayordomo y el escribano.

La atribución principal de este poder local era el redactar y hacer cumplir las ordenanzas necesarias para el buen gobierno y administración del municipio. Se comprende que dichas ordenanzas eran las formas de concretar y adaptar las células y demás disposiciones reales. También actuaba como tribunal de apelación en causas menores, repartía tierras y solares, regulaba el comercio y las fiestas públicas, y todo lo referente a urbanismo, servicios, policía, salud y administración.

Como se sabe, con el tiempo los intereses de los conquistadores y sus hijos se fueron diferenciando de los intereses generales del Imperio. El primer encontronazo lo tenemos en el Conflicto Municipal de Coro en 1532. Este ayuntamiento logró desplazar a los Welser de la gobernación, con lo cual no solo se oponían a la arbitrariedad de los alemanes, sino a las mismas disposiciones y negocios de Carlos V, el emperador.

Los hidalgos conquistadores y sus descendientes no soportaban que se les tratase como gente subalterna. A ellos, en carne viva, les costaba más el esfuerzo de la guerra de Conquista que a funcionarios extraños, y aun al mismo lejano rey.

Se logró mayor autonomía y algunas reivindicaciones. No hubo más gobernadores teutones y los regidores quedaron con el derecho a nombrar gobernadores interinos a la muerte o ausencia de los titulares.

Este fue el precedente que con el correr del tiempo convertía al Cabildo o Consejo Municipal en el instrumento político más eficaz de los criollos en la defensa de sus intereses.

En principio, los peninsulares tenían el monopolio de los cargos municipales, pero luego lo fueron perdiendo, ya que los notables de los pueblos, hijos de conquistadores, eran ya criollos. Por otro lado, al arruinado Felipe II se le ocurrió poner dichos cargos en venta, con lo que los terratenientes mantuanos tuvieron más acceso a ellos.

Dentro de la misma tónica autonomista se inscribe la Protesta de Caraballeda donde, en 1586, el Cabildo destituyó al capitán general Luis de Rojas. No hubo mayores represalias por parte del rey, sino que fue enviado otro gobernador, Diego de Osorio, quien llegó a mediados de 1589.

Con él llegó el primer Bolívar, que desde 1559 había salido de su Vizcaya natal para servir de escribiente y hombre de leyes en Santo Domingo. Tenemos noticia de que en 1590 un congreso venezolano lo envía a España como procurador, en solicitud de reivindicaciones comerciales y políticas.

Vuelto a Caracas engendró al segundo Bolívar, que se hizo sacerdote no sin antes procrear a Antonio Bolívar, bisabuelo de los criollos.

De 1623 a 1688 se atrevieron, con éxito, a destituir tres capitanes generales nombrados por el propio monarca. En 1703 hicieron renunciar al jefe de armas de la ciudad. En 1715 destituyeron al gobernador Cañas y Merino.

Diego Portales, gobernador también, se vio envuelto en grandes problemas con los personajes del ayuntamiento mantuano, entre ellos Juan Bolívar Villegas, abuelo del Libertador.

En tantas contradicciones con el poder real estuvo involucrado el municipio caraqueño que, para que la Guipuzcoana pudiera hacer sus negocios, tuvieron que reprimirlo e intervenirlo a partir de 1732.

Esta compañía comercial se encargó, en Venezuela, de los negocios de la casa de contratación de Sevilla, monopolio de la Corona que siguió frenando las posibilidades de desarrollo de la burguesía, en España, al tener que pasar por las manos del rey toda la actividad de exportación e importación. A su vez, la acumulación de los capitales criollos se vería dificultada por la imposibilidad de participar libremente en el mercado mundial, de allí la gran afición de los hacendados de tierra firme por el contrabando con los franceses, holandeses e ingleses asentados en las islas del Caribe, independientemente de que eso significase traición a la madre patria.

Los holandeses de Curazao vendían las mercancías un 35 % más barata y pagaban hasta el doble por el cacao.

En la lucha contra esta Compañía también estaban inscritos los movimientos de Andresote (1730-1733), el Motín del Cabildo de San Felipe (1741), la Asonada del Tocuyo (1744) y la Sublevación de Juan Francisco De León.

Esta última, ya durante el gobierno de Fernando VI (1746-1759) fue una importante rebelión comandada por De León, terrateniente y autoridad de Panaquire. Destituido por instancias de la Compañía Guipuzcoana, se lanza a Caracas con ochocientos hombres, donde obtiene el apoyo del orgulloso Cabildo de Caracas, en eso de que la

Compañía era perjudicial al desarrollo económico de la provincia y que sus agentes debían ser expulsados. El gobernador se refugió en La Guaira y estuvo a punto de embarcarse. Luego de ser engañado con falsas promesas, De León se retiró, pero volvió a la carga tomando militarmente Caucagua. Posteriormente fue derrotado. Murió preso en España.

Esta sublevación de los valles de Aragua y del Tuy se considera episodio fundamental en la forja del sentido de la nacionalidad. Los criollos alcanzaban poco a poco la mayoría de edad política. Luego se erigirían en vanguardia conductora del esfuerzo independentista. Aunque refiriéndose a Guatemala, el fraile inglés Tomás Gage, en 1738, ya llegaba a la conclusión de que los criollos españoles eran "dos grupos de habitantes tan opuestos entre sí, como en Europa los españoles y franceses…".

Y señalando la importancia de la brecha para los intereses de Bretaña: "El odio que se profesan unos a otros es tal que me atrevo a decir que nada contribuiría tanto a la conquista de América como esa división".

En 1750, el 28 de marzo, nace en Caracas Sebastián Francisco de Miranda y Rodríguez, *el Precursor*, hijo de Sebastián de Miranda Ravelo, comerciante canario, y de Francisca Antonia Rodríguez, criolla acomodada. Aunque se dice que los Miranda descendían directamente del caballero don Menelao Anelso de Miranda, gran guerrero contra los árabes y compadre del Cid Campeador, los nobles criollos nunca aceptarían que don Sebastián se codease con ellos.

Dentro de la sociedad colonial, además de los privilegiados funcionarios españoles y blancos criollos, se contemplaba la "casta" de los "blancos de orilla" o del estado llano, formada por los colonos que habían llegado al continente pasada la guerra de conquista, en su gran mayoría procedentes de las islas Canarias.

Esta inmigración de isleños, en la opinión de Mariano Picón Salas: "Eran coloniales a su manera, y en sus angostas islas perdidas en el Atlántico debían economizar el hilito de agua, y trabajar, y abonar al máximo su pañizuelo de tierra. No traían estos isleños la pretensión nobiliaria de los demás españoles. Sembraron, en los

climas húmedos y calientes de Venezuela, las primeras haciendas de cacao. No tenían, contra el hispano y patricio, desprecio por las labores manuales; ejercían los oficios más humildes y acumulaban fortunas prósperas, muy parcamente administradas, que suscitaban el recelo de las familias nobiliarias que heredaron tierras y apellido".

Los isleños, por sus características, tendían a hacerse su propio puesto dentro de la sociedad colonial, máxime cuando se fueron orientando a la actividad comercial y usurera. En sus reivindicaciones tendían a aliarse con los pardos o mestizos. Don Sebastián tuvo pues que hacer muchos esfuerzos y desembolsar mucho dinero para lograr su credencial de capitán de la Compañía de los Isleños y su posterior traspaso para el exclusivo Nuevo Batallón de Criollos.

Dados estos escrúpulos de los "grandes cacaos", los isleños, que pudieron ganarse para la causa de la independencia por su origen no peninsular, en Venezuela serían fervorosos defensores del rey, ante los despreciativos mantuanos que daban más valor al color de la hemoglobina que al esfuerzo y la constancia. De allí, como veremos más adelante, el fenómeno de los isleños de Los Teques, y de Monteverde, y el que el Libertador los haya incluido, muy específicamente, en su Decreto de Guerra a Muerte.

En 1746 muere el rey español Felipe V y le sucede su hijo Fernando VI, quien gobierna hasta 1759.

Entre 1756 y 1763 se produce la llamada Guerra de los Siete Años entre Francia y Jorge II de Inglaterra, donde esta última le arrebataría Canadá y Dominica, Granada, San Vicente, Tobago y posesiones en la India.

España participaría aliada a Francia, sufriendo la pérdida de La Habana y Manilla, a las que tuvo que rescatar entregándoles a los ingleses territorios en la Florida y el Belice centroamericano.

Aliados a Inglaterra estuvieron Portugal y Federico II de Prusia, uno de los principados en que quedó desmembrado el territorio alemán. Rusia ataca a los prusianos pero luego se une a ellos para victimar a Polonia y repartírsela.

Carlos III asume el poder en España, en 1759, en momentos de guerra con Inglaterra y de una mayor agresividad de la burguesía de Europa.

Para salvar su cabeza y evitarse una revolución tipo Inglaterra, le da por hacer reformas que lo congratulasen con el pueblo y con la burguesía que ya se ha ido formando, estrenando un modo de producción más rentable. Por lo demás, para esta época se agotaban las minas de oro del Perú, las de plata mexicana y los yacimientos de piedras preciosas en Nueva Granada. Mermadas las bolsas, aumentó el interés real por la industria y la agricultura.

Los que sabían de estas cosas, la burguesía, se hacían pues de mayor espacio político en España, mediante la gestión de un rey inteligente y esclarecido, que de arruinado terminó de rematar las cosas más sagradas. Se subastaron títulos nobiliarios, condecoraciones y grados militares. La Iglesia también se apresuró a vender las últimas indulgencias y boletos de entrada al Paraíso. Cualquier puta casquilucia podía ahora, después de muerta, compartir con la Virgen en el cielo, y cualquier asesino con su clientela.

Con semejante relajo y subversión de principios, y agotados los elementos progresistas del protestantismo, cobrarían auge las antiguas y secretas sociedades masónicas, como alternativa ideológica y política para la gente seria y amante de la ciencia.

La masonería, que en francés textualmente significa albañilería, nació en la Edad Media como agrupación gremial de los artesanos constructores. Opuesto al feudalismo, junto con el resto de la burguesía, defendieron siempre la dignidad y el carácter científico-técnico de su profesión. No era lo mismo que a un pintor le quedara un cuadro feo, que a un maestro le cayera una catedral encima.

No dejaron de rodearse de reglas y ritos misteriosos de inspiración egipcia. En parte para cuidarse de que todo el mundo no se apoderase de los secretos del oficio, y luego para defenderse, como burgueses y hombres de ciencia, de la represión feudal y la Inquisición, que creyó ver en los símbolos y palabras extrañas cualquier cantidad de conjuros diabólicos.

Con el transcurso del tiempo y la decadencia del feudalismo, estas asociaciones se ampliaron y perdieron su carácter gremial, convirtiéndose en centros de estudio y conspiración de la burguesía en general. Somos de la opinión de que la masonería hizo las veces de partido revolucionario internacional en las luchas contra el feudalismo en Europa y, posteriormente, en la independencia de América.

Se fundaron logias en Inglaterra, París y las colonias de Norteamérica. En 1728 se fundó una en Madrid. Durante el reinado de Carlos III el movimiento cobró auge en España, ya enriquecido con las últimas adquisiciones ideológicas de la burguesía.

En la misma línea del humanismo se demostraba que el poder de los reyes no tenía origen divino alguno, por lo tanto se justificaba la derrota del absolutismo y se combatía la preponderancia de la nobleza feudal y la Iglesia dentro del Estado.

Los filósofos burgueses se dan a la tarea de atacar los prejuicios religiosos y el oscurantismo en general, "iluminando" la razón humana con ideas nuevas. De allí que se les conozca como iluministas. Dentro de ellos se destacan Voltaire y Montesquieu.

Predicaron el ateísmo y el estudio (la Ilustración) como fuentes de inspiración a la hora de la resolución de los problemas sociales. Sus concepciones del Estado iban desde el régimen republicano hasta la monarquía constitucional, equilibrada con un poder legislativo y otro judicial.

Esta subversiva labor fue proseguida por los enciclopedistas, llamados así por su afán de reunir todos los conocimientos logrados por la humanidad hasta la fecha para sintetizarlos y fundamentar los cambios que exige la sociedad. Entre ellos encontramos a Diderot, Helvecio, Holbach y La Mettrie.

En el plano económico, Quesnay, Turgot, Du Pont de Nemours y Adam Smith fundamentaron la necesidad de una limitada libertad de iniciativa económica, a tono con los intereses de la burquesía. Es lo conocido como liberalismo económico.

El mayor exponente de estas doctrinas será Jean-Jacques Rousseau, quien planteaba, entre otras cosas, la igualdad política

y social, el control de la propiedad privada y el derecho del pueblo a designar a sus gobernantes.

Más radicales fueron Juan Meslier y Gabriel Bonnot de Mably, comunistas que representaban los intereses de las clases más humildes, pero cuyo utopismo estribaba en no proponer un proyecto de organización de la futura sociedad revolucionaria.

Como se dijo, Carlos III buscó cómo "iluminarse", tratando de mantener la coexistencia entre la burguesía emergente y la nobleza feudal. Se promovieron industrias con el fin de un mejor aprovechamiento de las materias primas de las colonias. Se abrieron caminos. Se fundó el Banco Nacional. Se abolió el monopolio comercial de Cádiz y Sevilla. En Venezuela, cesó sus actividades la Compañía Guipuzcoana.

Se limitó la Inquisición y se expulsó a los jesuitas, expropiándoseles los bienes.

Esta es la España que conoce el joven Miranda en 1771, adonde llega luego de haber hecho estudios en la Academia de Santa Rosa y en la Universidad Real y Pontificia de Caracas. Allí aprendería historia, teología, latín y conocería las obras de los clásicos griegos, romanos y españoles. Sus buenos reales gastó don Sebastián para preparar a Paquito y que no lo vinieran a ningunear los zánganos mantuanos.

En la península iría a servirle al rey, pero se encuentra con aquellas alucinantes ideas que demolían dioses y ridiculizaban vírgenes, santos, reyes, frailes y aristócratas. Se dice que aquel hermoso mundo a que aspiraban los ideólogos de la burguesía emergente lo cautivó para siempre.

En Madrid estudiaría matemáticas, arte militar, lenguas europeas y música. Intentó ingresar a la Real Academia Militar, vanamente, dada su condición de nacido en América.

Podemos imaginar la contrariedad de Sebastián Francisco: en Venezuela se le trata de isleño mercachifle, y en España de criollo. Pero para eso está don Sebastián que le envía 85.000 reales para que se compre una patente de capitán y se aliste en el Ejército español.

A los 23 años, en 1773, empezó a prestar servicio en el Regimiento de Infantería de la Princesa, en Málaga. Participó en

la defensa de Melilla, colonia española en África, ante el ataque del sultán de Marruecos.

De regreso a España, pasa por Gibraltar, en manos inglesas, entablando amistad con el gobernador Boyd y el comerciante John Turnbull, cuyos negocios en el Caribe lo hacían personaje muy interesado en la suerte de las colonias españolas en América, en especial de Venezuela y sus cuatro mil kilómetros de costa.

Por problemas con el jefe de regimiento, que lo consideraba plebeyo advenedizo, cae preso, es juzgado y luego puesto en libertad condicional.

Juan Manuel Cajigal, cubano de nacimiento, asumió luego el mando del regimiento y simpatizó con Miranda. En Cádiz, Miranda se integra a una logia masónica.

A todas estas, en los valles centrales de Venezuela los africazolanos no cesan de luchar por su libertad. Entre estos movimientos tenemos la acción armada de los grupos del Negro Guillermo en el Tuy y Barlovento (1771-1774).

Capítulo IV
Independencia norteamericana y rebelión comunera

El gobierno de Carlos III (1759-1788) estuvo aliado al de los borbones franceses Luis XV (1715-1774) y Luis XVI (1774-1789) contra Inglaterra. Esta situación influyó positivamente en la revolución de independencia norteamericana.

El despojo a los indios y la esclavitud fue la base inicial del desarrollo económico de los primeros conquistadores ingleses, quienes llegaron a Norteamérica a partir de 1607. Posteriormente, el capital comenzaría a acumularse mediante la explotación agrícola (algodón y tabaco), las pesquerías, el comercio de pieles, los aserraderos, las fundiciones, construcción de barcos y las industrias de vidrio y textil.

En realidad, Inglaterra tuvo poco control en el desarrollo del poder colonial, siendo sus principales luchas contra la tributación feudal y el monopolio comercial de Inglaterra. Se luchó también contra la prohibición de fabricar determinados artículos, la de

extender la colonización hasta más allá de los montes Apalaches y contra los altos gravámenes (té, azúcar, etc).

Estas luchas se inspirarían en el pensamiento puritano de los exiliados provenientes de Inglaterra, y en las ideas del iluminismo-enciclopedismo que fueron asumidas por los llamados Hijos de la Libertad, principal club revolucionario en Norteamérica, liderado por Samuel Adams.

La insurgencia partió fundamentalmente de Boston, Massachusetts. George Washington asumió la jefatura militar contra los ingleses y la reacción interna.

La Declaración de Independencia se produce el 4 de julio de 1776, destacándose dos grupos de partidarios: conservadores, como Randolph y Hamilton; y radicales, como Jefferson, Samuel Adams, Paine y Patrick Henry. Jefferson introdujo un punto sobre la eliminación de la esclavitud, pero fue anulado.

Luego de la victoriosa batalla de Saratoga, España y Francia se involucran a favor de los rebeldes. En 1780 una escuadra española de alrededor de diez mil hombres arribó a Cuba al mando de Cajigal, acompañado de Miranda como ayudante.

Allí, Francisco recibiría mensajes de don Juan Vicente Bolívar (futuro padre del Libertador), Martín Tovar y el marqués de Mijares donde le informaban de las actividades conspirativas de un sector del mantuanaje; dado su acceso a la correspondencia oficial, también se informó de la gran Insurrección de los Comuneros, que sacudió los cimientos de la dominación castellana en Suramérica.

En abril de 1781 Miranda participa en la toma de los fuertes de Mobile y Pensacola en la Florida, que estaban en manos británicas. Le fue otorgado el grado de teniente coronel.

Apoyándose en su colonia haitiana, Francia destacaría una armada de cuarenta mil hombres al mando de Lafayette. Allí vendría también Henri Christophe, quien posteriormente se convertiría en prócer de la independencia haitiana.

En condición de internacionalista combatirían en Estados Unidos hombres progresistas de diversos países, como el socialista utópico francés Saint-Simon y el dirigente polaco Kociusko.

Finalmente, las tropas colonialistas de Jorge III fueron derrotadas en Yorktown, el 19 de octubre de 1781.

La importancia de esta revolución podemos resumirla en que se trató del primer experimento victorioso de luchas por la liberación en el continente, así como el primer precedente de un gobierno burgués republicano.

El poderoso movimiento revolucionario de corte popular, antifeudal e independentista, conocido con el nombre de Insurrección de los Comuneros (1780-1782) se inició en el Perú, bajo la inscripción y el mando de José Gabriel Condorcanqui Noguera, descendiente del inca Tupac Amaru, quien fue asesinado por los españoles en 1572.

Levantando las banderas del restablecimiento de la patria incaica, Condorcanqui y los suyos insurgieron contra la esclavitud y la explotación feudal en minas, haciendas y talleres textiles. Se enfrentaron también al pago de impuestos onerosos.

En su lucha, capturaron y ajusticiaron a Antonio de Arriaga, corregidor de la provincia de Tinta, organizándose en Tungasuca un gobierno revolucionario con los caciques principales. En noviembre de 1780, en Sangarará, se obtuvo una resonante victoria sobre las tropas realistas. En enero de 1781, el ejército comunero se presentó en Cuzco con más de seis mil rebeldes, pero fueron derrotados.

Además de Condorcanqui se destacaron en la lucha su esposa, Micaela Bastidas, su tío Francisco y sus hijos, Hipólito y Mariano. Solo el último escapó al martirio de la horca y el descuartizamiento.

Este movimiento fue secundado en (la futura) Bolivia por Tomás, Dámaso y Nicolás Katari, quienes extendieron la insurrección por Charcas, Oruro, Cochabamba y La Paz, siendo derrotados solo hasta 1783.

El nombre de Tupac Amaru debe ocupar un lugar especial entre los precursores de la Lucha Nacional Liberadora de los Pueblos de América Latina, como resultado de la lucha de los pueblos indígenas y el inicio de los combates anticoloniales y antifeudales. Posteriormente, Miranda, Bolívar, San Martín y Belgrano recogerían en

sus programas la consigna del rescate de la gran patria indígena y el legado agrarista tupamaro.

En Colombia la sublevación comunera alcanzó también grandes proporciones, movilizándose las masas de las poblaciones del Socorro, Simacota, Mogotes y Charalá del actual departamento de Santander.

Se formó un ejército de más de veinte mil hombres compuestos por indígenas, campesinos, esclavos, artesanos y algunos comerciantes. La dirección estuvo en manos de José Antonio Galán y Juan Francisco Berbeo. En su avance insurreccional, hacia el Magdalena y Bogotá, el movimiento deponía las autoridades coloniales y liberaba a los esclavos. Se organizaron órganos del poder popular llamados Juntas del Común.

Ante la presión de las masas, en Zipaquirá, Berbeo firmó unas llamadas capitulaciones con los españoles, que contemplaban el reconocimiento del derecho de los criollos a aspirar a cargos públicos, la abolición de impuestos a la sal, el tabaco y el aguardiente, devolución de las salinas a los indígenas, amnistía y confirmación de los grados a los oficiales del ejército comunero.

Los comuneros se desmovilizaron, y el virrey incumple las capitulaciones. Galán se prepara a proseguir la insurrección, pero es derrotado y descuartizado en Bogotá en 1782.

Se puede decir que el fracaso del movimiento se debió al abandono de la lucha por parte de los ricos y criollos cuyos planteamientos reivindicativos eran muy limitados frente a los de las amplias masas explotadas. Este episodio nos recuerda la traición de Lutero y de Cromwell a los campesinos.

La agitación comunera extendió su influencia hacia la región de los Andes venezolanos, donde también se luchaba contra la tributación feudal.

Procedente de Pamplona, llegó a Cúcuta una poblada de más de dos mil personas al mando de don Manuel Cáceres. Desde San Antonio lo invitaron a pasar a Venezuela, avanzando posteriormente a San Cristóbal, Capacho, La Grita, Bailadores, Lagunillas y Ejido.

En Mérida encuentran también apoyo, leyéndose en la plaza las capitulaciones de Zipaquirá. Los éxitos los animaron a seguir a Trujillo, donde sin armas y sin conducción militar fueron dispersados.

Capítulo V
Peregrino de la libertad

Francisco de Miranda, nombrado también jefe de Relaciones Exteriores de Cajigal, cumplió misiones secretas en Jamaica explorando las defensas inglesas y comprando barcos a través de terceros, aprovechando un viaje oficial con motivo de un intercambio de prisioneros.

A su regreso, el ministro de Guerra español exige su arresto acusándole de contrabando y de haber proporcionado información de inteligencia a los ingleses. Se ordena a Cajigal encerrarlo en la fortaleza de La Cabaña. Cajigal incumple, dándole toda su confianza a Francisco.

En abril de 1782 ambos participan en la ocupación de las islas Bahamas, rescatándolas de manos inglesas.

En diciembre es relevado Cajigal, con lo que Miranda se queda sin apoyo. Decide entonces escaparse a Estados Unidos, salvándose de diez años de presidio en África y del pago de una fuerte multa.

Para ese tiempo, julio de 1783, nacía Simón Bolívar; Miranda llega ese mismo mes a Norteamérica en momentos en que Inglaterra reconocía su independencia mediante el tratado de Versalles. Se le

recibió como huésped de honor, reconociéndosele su participación en la guerra de independencia.

Se entrevista con Washington en Filadelfia, recomendado por su amigo Cajigal.

Se descubre que el ilustre visitante venezolano es en realidad un prófugo de la justicia española. Miranda deja entonces de presentarse como teniente coronel del Ejército español y se manifiesta como luchador contra el despotismo y partidario de la independencia de la América meridional.

Estableció relaciones con: Alejandro Hamilton, notable ideólogo que había pertenecido al Estado Mayor de Washington; el coronel William Smith; el general Henry Knox; el general francés Lafayette; Tomás Paine, filósofo de origen inglés; Samuel Adams; John Adams, etc.

Ya para noviembre de 1784, Miranda les estaba presentando un plan expedicionario para la liberación de Hispanoamérica, pero llegó a la conclusión de que los norteamericanos se interesaban más en heredar las posesiones españolas que en la independencia de las mismas. Por otro lado, a España la consideraban aliada, y sus dominios excelentes mercados para colocar los productos de su pujante industria. No estaba, pues, dispuesto el recién nacido Tío Sam a arriesgar nada en las peligrosas utopías mirandinas.

Antes de despedirse, Francisco hizo observaciones a Samuel Adams acerca del sistema político norteamericano y lo calificaba como democracia basada en la propiedad y no en la virtud. "¿No perecerá por ello vuestra República?", preguntaba Miranda, olfateando que algo ya andaba podrido en la "Yunai". También criticó la intolerancia religiosa institucionalizada.

En diciembre de 1784 se embarcaba para Inglaterra llevando innumerables cartas de recomendación y la preocupación de cómo le recibirían sus enemigos de hace apenas dos años.

Habíamos dicho que a raíz de la muerte de Cromwell se había restaurado la monarquía, pero con amplia participación de la burguesía. En realidad, el poder quedó en manos del Parlamento.

Con la extinción del feudalismo, el país sufrió un vertiginoso desarrollo económico. Creció la fabricación de telas, aumentó la extracción de hulla y la producción de hierro. A su vez, el saqueo a las colonias permitía mayores capitales de inversión.

El alto grado de desarrollo de las manufacturas preparó las condiciones para la llamada revolución industrial, consistente en la sustitución del trabajo manual por el de las máquinas. Para la fecha en que nuestro Miranda llega a Londres, James Watt ponía en marcha su motor de vapor.

Se entrevista con su amigo el comerciante Turnbull. También se encuentra con el coronel William Smith, conocido por Miranda en Norteamérica y quien había llegado como secretario de la embajada de su país. Con él viaja a Berlín, en agosto de 1785, donde presencian las impresionantes maniobras del ejército de Federico II de Prusia. Estas tropas pasaban de doscientos mil hombres y se consideraban las mejores de Europa.

Luego Miranda visita Hungría, Austria e Italia. En Venecia establece los primeros contactos con los jesuitas que expulsados de España conspiraban contra el rey y apoyaban a todo opositor. Es de señalar que los jesuitas criollos, expulsados de América, por su origen, fueron evolucionando a posiciones anticolonialistas.

Se menciona entre los mexicanos a Clavígero, Alegre y Cavo; el chileno Molina y el peruano Juan Pablo Viscardo Guzmán. Clavígero escribió *La historia antigua de México*, y Viscardo, la *Carta a los españoles americanos*, obras de alto contenido criollista. A finales de 1786, Miranda viaja a Grecia y Turquía. Pasa a Rusia, con la idea de que Catalina II pudiera ayudarle en sus planes independentistas.

Instalados en la costa oeste de Norteamérica, desde Alaska hasta San Francisco, los comerciantes rusos intentaban extenderse más al sur, sobre dominios españoles. Además, la zarina no veía con buenos ojos la alianza de los monarcas Carlos III y Luis XVI que se oponían a la anexión de Turquía por parte de Rusia.

Miranda intentaría pescar algo de este río revuelto. Se entrevista con Potiomkin, cortesano principal de Catalina II, y con la misma emperatriz.

Catalina la Grande, de origen prusiano, gobernaba el Imperio ruso desde 1762, a raíz de haber ordenado la muerte de su esposo Pedro III. Aunque se le consideraba una "déspota ilustrada", su gobierno estuvo apoyado en la nobleza feudal. En 1775 sofocó la rebelión de cosacos y labriegos dirigida por Purgachov.

A pesar de las protestas francoespañolas, se hace protectora de Miranda y le hace coronel de caballería. Hubo planes, no de apoyar a Miranda, sino de aprovecharse de él ofreciéndole participación subalterna en una expedición que, con base en Alaska, emprendiese la guerra a los españoles.

Miranda se niega hábilmente y por contrato solicita ayuda económica y credenciales que le permiten contar con la protección del servicio diplomático ruso.

Nuestro peregrino se despide y pasa a Suecia a finales de 1787, donde se entrevista con el rey Gustavo III. Visita Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica y Suiza, siempre haciendo propaganda sobre la causa de la libertad de Hispanoamérica.

Como todos los revolucionarios de su época, Francisco admira profundamente los planteamientos de Rousseau, Voltaire y Montesquieu.

Coge para Francia, donde entra con nombre falso y pasaporte ruso. En Marsella conversa ampliamente con el abate Raynal, autor, junto con Diderot y Holbach, de la *Historia de los europeos en las dos Indias*, donde se critica duramente a la monarquía española y a la Iglesia católica por el saqueo de las colonias.

Miranda expuso a Raynal sus planes con respecto a Latinoamérica. Este los aprobó, y a su vez explicó al venezolano la crítica situación económica y política por la que pasaba Francia.

En mayo de 1789 Miranda llega a París, en plena efervescencia revolucionaria. En junio marcharía a Londres.

Capítulo VI
Revolucionario francés

Luis XVI de Francia, gobernante desde 1774, fue también influenciado por las ideas de la Ilustración; trató de hacer reformas económicas en consonancia con el desarrollo comercial e industrial del país, frenado por los intereses feudales. Por otro lado, insurrecciones campesinas y levantamientos en las ciudades sacudían los cimientos del régimen.

El país vivía una grave crisis económica. Ante la situación, Luis XVI trató de que la tributación al erario real también recayera sobre la nobleza y el clero. Rechazado, quiso apoyarse en la burguesía y el pueblo, convocando los Estados Generales, asamblea que no se reunía desde hacía 175 años.

El 17 de julio de 1789 el llamado Tercer Estado, la burguesía y el resto del pueblo toman la iniciativa y se proclaman Asamblea Nacional, u Órgano Legislativo Supremo, excluyendo así a la nobleza y al clero. Luego, la Asamblea toma el carácter de Constituyente, o sea, de elaborar los fundamentos jurídicos para la instauración de un nuevo régimen.

Habiendo perdido el control de la situación, el rey maniobra llamando a las tropas. El pueblo de París se insurrecciona tomando la fortaleza de La Bastilla y los fusiles de los arsenales el 14 de julio, iniciándose así la gran Revolución francesa.

Inspirados en este ejemplo, las masas de toda Francia expulsan a los funcionarios reales y eligen nuevas autoridades. Los campesinos dejaron de pagar impuestos e irrumpieron sobre las propiedades feudales.

La Asamblea dejaba abolidos los privilegios de la nobleza y proclamaba la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, importante documento que recogió y sistematizó las más importantes reivindicaciones sociales de la época: libertad e igualdad en derechos de todos los hombres; libertad de palabra, de conciencia, seguridad, derecho de resistencia a la opresión, derecho a la propiedad, etc.

En este último artículo, la entonces revolucionaria burguesía, aliada a obreros y campesinos, defendía esta humana necesidad frente a las apetencias y a los monopolios de los terratenientes feudales. Pero la gran limitación consistió en que precisamente al considerarse "sagrada" toda forma de propiedad privada, la desigualdad en bienes de fortuna a la larga perpetuaba las otras desigualdades.

La Asamblea elaboraba una nueva Constitución que contemplaba una forma de gobierno monárquico constitucional, limitado por los poderes legislativo y judicial (de acuerdo con las ideas de Montesquieu). Pero es la gran burguesía, con Mirabeau y Lafayette a la cabeza, la que controla la Asamblea y el Ejército, por lo que las medidas que se tomaban, al nacer, ya llevaban el germen de la traición a los intereses de los desposeídos.

Por ejemplo, los que no tenían determinada fortuna no podían elegir ni ser elegidos. Se declaró abolido el feudalismo. Se nacionalizaron los bienes de la Iglesia y los títulos nobiliarios, pero nada se hablaba de repartir la tierra a los campesinos.

Continúa el descontento en el campo y el hambre azota las ciudades ante la paralización de la industria y los negocios. La

Asamblea aprueba leyes contra huelgas y otras manifestaciones populares. Se autoriza el uso de la Fuerza Armada contra el pueblo.

Además de la gran burguesía o "fuldenses", en el seno de la Asamblea se encontraban los llamados "girondinos", representantes de la burguesía mercantil, y los "jacobinos", que al mando de Robespierre y Marat defendían la causa de la pequeña burguesía y sectores populares.

En junio de 1791, Luis XVI y su esposa María Antonieta intentan fugarse para unirse en el extranjero a los enemigos de la Revolución, pero son atrapados por el pueblo.

Maniobrando arteramente, la gran burguesía reintegra el trono al rey, lo que provocó la indignación de las masas, quienes se ganaron para la idea de la instauración de una república democrática.

Por orden de la Asamblea, se reprimió a los manifestantes que en París (julio) pedían la abdicación del rey. El otrora general Lafayette, héroe de la independencia norteamericana, disparaba ahora contra sus propios conciudadanos.

Aplicada la nueva Constitución, comenzó su gestión la Asamblea legislativa, cuyos diputados, por ser elegidos por el sufragio de los pudientes, resultaron ser los más interesados en que las masas no se desbordasen.

En abril del 1792, Francia declara la guerra a Austria y Prusia. Los jacobinos se oponen por ver en este conflicto una nueva maniobra de la burguesía y el rey para desviar el ímpetu revolucionario popular. Con el envío de tropas a la frontera nororiental, la contrarrevolución interna quedaba con las manos libres. Al contrario, los girondinos, con Brissot a la cabeza, son partidarios de la guerra.

Pendiente de estos acontecimientos, Miranda ha permanecido en Londres, siempre bajo la protección de la embajada rusa.

La España de Carlos IV había entrado en conflicto con Inglaterra, ya que en el conflicto de Alaska la Armada española, además de los barcos rusos, se había topado con una flotilla inglesa, a la cual capturó.

Londres exigió la devolución de los barcos y compensaciones por daños. El gobierno español se negó.

Se podía decir que Miranda había llegado muy oportunamente. Era buena la ocasión para solicitar el patrocinio inglés para la causa de la independencia de las colonias españolas.

Fiel a su tacto político y sentido de lo estratégico, se relaciona con personajes adeptos al gobierno conservador del primer ministro William Pitt: su amigo Turnbull, el coronel William Johnstone, conocido desde Jamaica; Thomas Pownall, miembro del Parlamento, etc.

Sin embargo, Francisco no deja de entrevistarse con los filósofos Paine, Betham, Priestley y el político opositor James Fox, con quienes tiene mayores afinidades ideológicas, entre ellas su apoyo a la Revolución francesa.

En febrero de 1790 logra hablar con Pitt. Miranda le pidió que pertrechara una expedición militar para apoyar el alzamiento de los patriotas en las colonias; utilizó como ejemplos la rebelión de Tupac Amaru y el movimiento comunero de la Nueva Granada.

Entrega a Pitt un paquete de documentos que contenía información y planes futuros: proyecto de alianza con Inglaterra, organización gubernamental de las colonias luego de la independencia, estructura de la población en las colonias, situación económica, estado de las fortificaciones españolas, lista de jesuitas expulsados de las colonias y notas acerca de la insurrección de los comuneros.

Analizando las insurrecciones fallidas, Miranda concluía en que sería muy difícil para la población de las colonias lograr su independencia sin ayuda exterior. Pedía quince navíos y un cuerpo expedicionario de quince mil hombres.

Francisco planteaba que, luego de la independencia, las excolonias españolas se organizarían en una sola gran nación hispanoamericana que abarcase desde el río Mississippi hasta la Patagonia.

El futuro sistema político lo concebía como una especie de monarquía hereditaria, controlada por un senado compuesto de "caciques" escogidos por el inca o rey, y una cámara de representantes escogida por la población, Miranda fue muy claro en cuanto a que Inglaterra no debía pretender concesiones te-

rritoriales, en el caso de apoyar su plan, sino solo el resarcimiento de los gastos y facilidades comerciales.

Mientras tanto, Carlos IV de España, sin el apoyo de la monarquía francesa debido a los sucesos de la Revolución, apacigua sus relaciones con Inglaterra y accede a compensarla, temeroso de una expedición británica al Pacífico. Tampoco subestimaría la posibilidad de que el subversivo Miranda se aprovechase de la misma para poner pie en el continente americano.

Logrando su objetivo, Mr. Pitt despachó a Miranda con las manos vacías, aunque apropiándose de la documentación.

Francisco diría a sus amigos, los diplomáticos rusos: "Reconozco mi derrota. No esperaba que la infamia llegase a tales extremos... me han vendido por un tratado comercial con España".

Desvalido, el Precursor orienta su atención hacia la Francia revolucionaria, que por algo ha enunciado el advenimiento de un nuevo régimen basado en los principios de libertad, igualdad y fraternidad.

Antes, había gestionado de nuevo con Norteamérica y con Catalina II. La primera solo le ofreció apoyo en el plano filosófico, y a la emperatriz demasiado horror le causaba la Revolución francesa como para meterse en líos con la lejana América.

Con el viaje a Francia, Miranda perdió todo apoyo ruso. Se dijo que: "Grande ha sido el enojo de la emperatriz por el comportamiento de ese hombre, que de no ser por su amparo, ya haría tiempo que estaría pudriéndose en las mazmorras de la Inquisición".

Llegó a París en marzo de 1792, a los 42 años. En Suramérica, Artigas tenía 28 años; San Martín, 17; O'Higgins, 14. Bolívar cumplía 9 años; Rafael Urdaneta tenía 4; Páez, 2, y Sucre no había nacido todavía.

Haití se hallaba en plena insurrección. Hacía dos años que la Asamblea francesa había proclamado la libertad de los esclavos, y los colonos se habían negado a cumplirla.

En Francia, ante la insurrección e inconsecuencia de los oficiales aristócratas, el enemigo logra penetrar el territorio y avanza sobre París. El pueblo, entendiendo la guerra y la Revolución de otro modo,

se levanta en armas bajo la dirección de los jacobinos, en agosto de 1792. El palacio real es asaltado y los reyes son encarcelados.

La monarquía deja de existir, y el poder pasa a manos de un Consejo Ejecutivo Provisional de mayoría girondina, entre cuyos jefes cuenta Miranda con muchos amigos: Pétion, Roland, Dumouriez, Brissot, Vergniaud, etc.

En las nuevas condiciones, las masas asumen la defensa de la patria revolucionaria y se lanzan contra las fuerzas austrohúngaras. A instancias de Pétion, Miranda acepta incorporarse al nuevo ejército revolucionario, a condición de que el gobierno francés le ayudase a la hora de la independencia de Hispanoamérica. En carta al ministro de Guerra, escribiría Francisco: "Es preciso que la causa de la emancipación de los colonos hispanoamericanos merezca apoyo eficaz por parte de Francia, y que Francia me permita, en cuanto para ello se den condiciones favorables, asegurar la prosperidad de los colonos y afirmar la independencia de su tierra".

Es promovido a general y designado jefe de división en el ejército del norte, en momentos en que Lafayette se pasa al enemigo. Dumouriez asume el mando militar.

En septiembre, el venezolano dirige el combate victorioso de Briquinal. El día 20 participa en la batalla de Valmy, donde los revolucionarios expulsan al enemigo del país. Ese mismo día, en París, se instala la Convención Nacional, nuevo órgano legislativo que ratifica la derrota del absolutismo e instaura el régimen republicano.

Miranda sigue combatiendo en las filas del ejército del norte, que persigue al enemigo en el territorio de Bélgica. Luego, en noviembre, es llamado con urgencia a París, con la finalidad de colocarlo a la cabeza de una armada que expedicionase sobre Santo Domingo, para desde allí asaltar las colonias españolas.

Se trataba de que la contrarrevolución, golpeada severamente en la frontera norte, buscaba cómo apoyarse en el sur, o sea, España. Si Carlos IV atacaba a Francia era, pues, lícito que perdiese sus territorios de ultramar.

Por otro lado, el interés de la burguesía girondina se centraba en la "pacificación" de Haití, bocado colonial que se resignaba a

perder, a pesar de las flamantes tesis de los derechos del hombre y del ciudadano.

En opinión de Brissot: "Estando completamente seguro de la necesidad de asestar golpes a España en todos los puntos vulnerables de la misma, considero que hay que provocar la insurrección en Hispanoamérica, y que el hombre más apropiado para ello es Miranda".

Pero el susodicho no acepta. No quiso convertirse en el verdugo de los insurrectos haitianos. Tampoco cree en la posibilidad de que la Francia revolucionaria rodeada de enemigos pudiese prestar una ayuda eficaz.

Al contrario, Francisco se devuelve a Bélgica y dirige la toma de Amberes. Después de cuatro días de sitio, la ciudad cae en manos de las tropas de la Convención. Austriacos y prusianos salen en desbandada de territorio belga.

Miranda, al mando de dieciocho mil hombres, es nombrado jefe de todas las fuerzas francesas destacadas en ese país. Mientras tanto, a instancias de los jacobinos, el rey es sometido a juicio por traición a la patria. Declarado culpable, es guillotinado el 21 de enero de 1793. De inmediato, Inglaterra, España, Holanda, Rusia y varios Estados alemanes e italianos se incorporan a la coalición antifrancesa.

Miranda penetra en Holanda con sus tropas y participa en el sitio de Maastricht. Los austríacos resisten mientras llegan refuerzos que proceden a rodear a los sitiadores. Miranda se retira a Bélgica.

Dumouriez, partidario girondino, comienza a conspirar contra la Convención. Miranda pasa a la ofensiva y ocupa Tirlemont, pero sufre derrota en Neervinden. Dumouriez había pasado información a los austríacos, y lanzado a Miranda sobre las posiciones enemigas más ventajosas. Todo se calculó para que sobre el ala comandada por Miranda cayese el grueso de la artillería enemiga.

Ante las traiciones e inconsecuencias, aprovecha el enemigo para penetrar de nuevo en territorio francés. La convención llama a rendir cuentas a Dumouriez y los suyos. Dumouriez deserta y se pasa al campo enemigo, no sin antes tratar de ganarse a Miranda para sus planes. A despecho de ello, Francisco se presenta en París

ante el Comité de Salud Pública, organismo especializado para combatir nuestra revolución.

Los jacobinos, con Marat, Danton y Robespierre a la cabeza, acumulan acusaciones contra el general Miranda, aprovechándolo como chivo expiatorio para desprestigiar a todo el bloque girondino.

El 20 de abril de 1793 es internado en la prisión de "La Conserjería". En mayo, el tribunal lo procesa bajo la acusación de cómplice de Dumouriez. Como testigos, lo defienden cantidad de personajes ilustres como los filósofos Condorcet, Cabannis y el inglés Paine.

Al final es declarado inocente. Tanto el juez Montané como el fiscal acusador Fouquier, convencidos, felicitan y abrazan a Miranda.

Ante la continuación de la guerra y el agravamiento de las necesidades de las masas, los girondinos se muestran cada vez más incapaces e irresolutos.

Dirigido por los jacobinos, que dominaban el Ayuntamiento de París, el pueblo se levanta nuevamente y toma el edificio de la Convención. Con la expulsión de todos los diputados girondinos, el poder pasó a los jacobinos. Miranda es nuevamente hecho prisionero junto con importantes jefes de la Gironda.

El gobierno jacobino, de inmediato, buscó solucionar el problema agrario repartiendo las tierras de los aristócratas emigrados y aboliendo toda tributación feudal. Se estableció una nueva Constitución de alto contenido democrático.

La resaca girondina pasa abiertamente al campo contrarrevolucionario. Es asesinado Marat y otros jefes jacobinos. El nuevo gobierno decreta la movilización total del país, se ejecuta a los reaccionarios capturados y se persigue a acaparadores y agiotistas.

A su vez, el ejército sufre nuevas transformaciones revolucionarias, y por su conducto, las masas expulsan al enemigo del territorio nacional.

Con la derrota de las tropas intervencionistas, en junio de 1794, la contrarrevolución interna arrecia su actividad y, constreñida por su ideología pequeñoburguesa y sectarismo, los jacobinos no logran encauzar totalmente el movimiento popular.

Por otro lado, aparece la división en el bloque jacobino, imponiéndose la fracción de Robespierre que ordena guillotinar a los partidarios de Danton o "moderados" que abogaban por pactar con la burguesía, y a los heberlistas o "furibundos", que exigían la aplicación de medidas más severas contra los explotadores.

La contrarrevolución aprovecha y, mediante un golpe de manos, destruye a Robespierre y sus seguidores, y los guillotina el 28 de julio. El poder queda en manos de un "directorio" que inmediatamente echa por tierra la mayoría de las conquistas revolucionarias.

Miranda recobra su libertad en enero de 1795, pero con la vuelta al poder de la alta burguesía es perseguido y hostigado constantemente. Sin embargo, aprovecha en París para contactar compatriotas americanos, entre ellos Antonio Nariño, con quien intercambia ideas y planes, y conecta con las redes masónicas.

Francia firma un tratado de alianza con España, enderezado contra Inglaterra. No teniendo más nada que buscar en Francia, Miranda viaja a Londres, adonde llega en enero de 1798.

Capítulo VII
Incendio en el Caribe

Consecuencia directa de la Revolución francesa fue la independencia haitiana.

Son los negros de la isla quienes hicieron suyos con mayor fuerza, en todo el continente, los principios emanados de la Declaración de los Derechos del Hombre y la Constitución de 1789. Una triple cadena de opresión: nacional, esclavista y racial, los ataba a la más feroz explotación.

Los colonos franceses, propietarios de grandes plantaciones, se negaron a abolir la esclavitud y reconocer los derechos de los negros y mulatos. En agosto de 1791 se rebelan más de cuarenta mil esclavos dirigidos por Boukman. Como se sabe, la jefatura girondina quiso enviar a Miranda a "pacificar" esta insurrección. Inglaterra, en guerra con Francia a raíz del ajusticiamiento de Luis XVI, envía una expedición de dieciocho mil hombres al mando del comandante Maitland, con el fin de socorrer a los colonos, reimplantar la esclavitud y, por qué no, anexarse la isla.

Los esclavos, dirigidos por Pedro Domingo Toussaint L'Overture, combaten la coalición blanca, donde también se integra Carlos IV

de España dado su repudio a la República francesa, y en defensa de los intereses de los españoles en la parte oriental de la isla, o sea, Santo Domingo.

Las tropas interventoras son derrotadas, destacándose L'Overture como caudillo victorioso, y luego como jefe del gobierno revolucionario. Declaró a los haitianos iguales ante la ley, abolió la esclavitud y repartió tierras.

La repercusión de la gesta es inmensa. Es el santo y seña que esperan los oprimidos del continente. En 1795 el ejemplo haitiano prende en tierra firme, produciéndose la insurrección de la serranía de Coro, dirigida por José Leonardo Chirino.

El 10 de mayo se dio el grito de rebelión en la hacienda de El Socorro. Se proclamó la república, la libertad de los esclavos y la supresión de los impuestos. Marcharon sobre Coro pero fueron derrotados. José Leonardo fue hecho prisionero y, el 10 de diciembre de 1796, ahorcado y descuartizado en la Plaza Mayor de Caracas.

Algunos sobrevivientes fueron embarcados a servir en los navíos de guerra españoles, junto con los indios de Jacura, que fueron descubiertos en un complot coordinado con la insurrección de los negros.

En España, en 1796, fue descubierto un complot antimonárquico, con el apoyo de las logias y dirigido por los pedagogos Juan Bautista Picornell, Sebastián Andrés, Manuel Cortés Campomanes, José Lax, Juan Manzanares, Bernardo Garaza, Joaquín Villalba y Juan Pons Izquierdo.

Hechos prisioneros, los cinco primeros fueron enviados a La Guaira donde establecieron contacto con Manuel Gual, capitán retirado del batallón de Caracas, y José María España, teniente de Justicia Mayor en Macuto.

Elaboraron un plan insurreccional, cuyo primer paso fue la evasión de los revolucionarios españoles. José Lax no pudo hacerlo por ser trasladado a Puerto Cabello. Picornell y Cortés lograron huir a Curazao y Manzanares a Trinidad. Andrés es apresado de nuevo.

Gual y España prosiguieron sus preparativos. Descubiertos, escaparon a Trinidad. Desde allí escribirían a Londres intentando coordinar futuras acciones con Miranda.

Entre los materiales decomisados, las autoridades coloniales encontraron unas "ordenanzas" inspiradas en los Derechos del Hombre y el Ciudadano, y que contemplaban la instauración de la república, la igualdad, la libertad, la propiedad y la seguridad. En lo económico se manifestaban por la libertad de comercio, la exención de impuestos y la prohibición de salidas de metales preciosos.

En el juicio salió implicado más de un centenar de personas, quedando condenados a muerte José Rusiñol, Narciso del Valle, Agustín Serrano, José Manuel Pino y cuarenta personas más. Simón Rodríguez, maestro de Bolívar ligado también a este movimiento, huyó a Jamaica y luego a Europa, reencontrándose con el futuro Libertador solo hasta 1804 en París.

En Cariaco, en la costa oriental venezolana, se produce un conato de insurrección de los esclavos.

José María España regresó clandestinamente a Caracas, pero cayó prisionero. El 6 de mayo de 1799 fue ahorcado y descuartizado.

Se develó otra intentona en Maracaibo dirigida por Francisco Javier Pirela, José Francisco Suárez y la tripulación de los buques procedentes de Haití. Se trataba de exterminar a los ricos y eliminar el gobierno colonial. Francisco Javier fue enviado a prisión al castillo del Morro, en La Habana, y Suárez a trabajos forzados en Puerto Rico.

Capítulo VIII
Tocando puertas

La gran burguesía francesa necesita de un gobierno más fuerte, que cierre el paso a la reacción monárquica feudal, pero a su vez a los intentos de las masas trabajadoras. De estos, el más importante fue la fallida Conjura de los Iguales, de contenido socialista, dirigida por Graco Babeuf. De esta manera se implanta el gobierno llamado "del consulado", con Napoleón Bonaparte a la cabeza.

En Inglaterra, el astuto Mr. Pitt no deja de recibir a Miranda como ilustre personaje. Está en pie una alianza de Bonaparte con España. Sin embargo, el republicano Miranda no recibe ayuda concreta alguna. Se le atiende como enemigo célebre de España y nada más.

Nuestro abuelo se dedica a restablecer relaciones con Vorontsov, embajador ruso en Londres, y con Norteamérica en la persona de Rufus King. A todos trata de convencer acerca de la necesidad de apoyar la lucha por la independencia indohispana. También mantiene contactos con los patriotas exiliados en las Antillas inglesas, en especial con Manuel Gual, que posteriormente muere envenenado en Trinidad.

En Londres realiza una intensa actividad entre las sociedades masónicas. Se recibe de maestro en la Gran Logia de Inglaterra, y luego funda su propio centro, la Gran Logia Americana, como organismo coordinador internacional de los luchadores por la independencia del continente, convirtiéndose Miranda, de hecho, en padre espiritual y embajador de las sociedades secretas revolucionarias de México, Caracas, Tunja, Bogotá, Cartagena, Popayán, Quito, Lima, Santiago y Buenos Aires.

La logia Bogotá, llamada Santuario, estaba dirigida por Antonio Nariño, quien ya en 1794 imprimía clandestinamente la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*.

En las provincias del Río de la Plata funcionó la logia Lautaro, fundada por San Martín y Bernardo O'Higgins, luego de recibir instrucciones para ello por parte de Miranda, con quien se entrevistaron en Londres. A ella pertenecieron también los patriotas Carlos María de Alvear, Bernardo Monteagudo, Mariano Moreno, Matías de Irigoyen y el padre José Cortés de Madariaga.

Masones también, ligados al Precursor, fueron el mexicano fray Servando Teresa de Mier, Juan Pío Montúfar y Vicente Rocafuerte, de Quito; el sabio hondureño José Cecilio del Valle y Simón Bolívar, quien en 1806 recibiría el 2.º grado en la logia de San Alejandro, en París.

La logia mirandina mantenía, a la vez, relaciones estrechas con los masones de París, agrupados en la Sociedad de Amigos del Pueblo, con la logia de Madrid, y en especial con los Caballeros Racionales de Cádiz, cuya ubicación geográfica facilitaba el enlace entre los conspiradores europeos y americanos.

A la luz de estos hechos históricos, todavía no aclarados del todo debido al peso de los prejuicios, insistimos en afirmar que independientemente de los postulados teosóficos y la liturgia extraña, las sociedades masónicas hicieron las veces de partido revolucionario internacional, a falta de una teoría y organización de tipo superior. Los patriotas latinoamericanos, con Miranda a la cabeza, aprovecháronse de las antiguas, ramificadas y secretas estructuras de la masonería para canalizar los esfuerzos liberadores.

Ante la indecisión inglesa, al gran maestro se le ocurre volver a Francia a solicitar la ayuda de Napoleón, pero en noviembre de 1800 es detenido y juzgado en París como supuesto espía al servicio de Inglaterra. Sale en libertad por falta de pruebas y no tiene más remedio que regresar a Gran Bretaña.

Napoleón se mueve con su ejército al norte de Italia, donde derrota al grueso de las tropas austríacas, con lo cual anexó a Francia territorios italianos y alemanes, y se proclamó cónsul vitalicio. Aliviado envía a Haití a su cuñado el general Leclerc, al mando de veinticinco mil hombres, con intenciones de recuperar su colonia y penetrar el continente.

L'Overture es hecho prisionero y enviado a Francia donde muere el 7 de abril de 1803. Sin embargo, los patriotas al mando de Dessalines, Christophe y Alexander Pétion derrotaron a los franceses en noviembre de ese año.

En Londres, los ministros tratan de convencer a Miranda de que aceptase el grado de teniente general, para implicarlo en las aventuras de rapiña colonial, cargo que Francisco rechaza airadamente. Permanece en Inglaterra hasta 1805.

En resumen, los ingleses no confiaban plenamente en él y más bien lo miraban como obstáculo para posibles anexiones territoriales. Por otro lado, más que guerrear contra España, Inglaterra quería neutralizarla en vista del aislamiento de Napoleón.

En 1804 Bonaparte se declara "emperador de los franceses", restableciendo en las Tullerías el Palacio Imperial.

Se trataba de una nueva monarquía, pero de contenido burgués, dado el desarrollo de las fuerzas productivas y lugar preponderante alcanzado por la alta burguesía, luego de la derrota del feudalismo durante la Revolución. Ante la ofensiva de las masas, la burguesía optó, pues, por esta forma de dominación. De la misma manera, necesitaba de un gobierno fuerte para conducir la guerra expansionista.

Napoleón ataca Austria directamente y en noviembre de 1805 entra victorioso en Viena. Simultáneamente, una fuerza naval francoespañola intenta desembarcar en las islas británicas, pero es derrotada por la armada del almirante Nelson en Trafalgar.

En Austerlitz, Napoleón venció a las tropas aliadas del zar Alejandro y de Francisco II de Austria.

Miranda se traslada a Norteamérica, dejando en Londres a su compañera escocesa Sara Andrews y a sus hijos Leandro y Francisco. Para la época, ya Estados Unidos codiciaba desplazar a España del monopolio comercial del Caribe.

El 9 de noviembre de 1805 llega a Nueva York. Se entrevista con King y el coronel Smith. Busca de nuevo el apoyo de las esferas oficiales hablando con el presidente Jefferson, el vicepresidente Clinton, el secretario de Estado Madison y Henry Knox, ministro de Guerra.

Tras las conversaciones, nada obtiene Miranda, salvo la no oposición del gobierno a que preparase su expedición a su cuenta y riesgo. Para ello solicita un cuantioso préstamo al comerciante-filibustero Samuel Odgen con intereses del 200%. Con la ayuda de Smith compra un barco al que bautiza *Leander*, evocando el nombre de su hijo Leandro. Recluta alrededor de doscientos hombres de diversas nacionalidades: norteamericanos, ingleses, franceses, polacos, austríacos y portugueses.

Bajo el comando náutico del capitán James Lewis y el coronel William Armstrong, zarpa el *Leander* el 2 de febrero de 1806, no sin antes haber sido delatada su expedición por el senador Jonathan Dayton y el ex vicepresidente Aaron Burr ante el embajador español en Norteamérica. Este, a su vez, ordenó la alerta general al virrey de México y los capitanes generales de Venezuela y Cuba.

Años después, ya habiendo heredado la conducción de la gesta emancipadora, diría Bolívar que los norteamericanos "son capaces de vender a Colombia por un real".

Excepción parece ser el coronel William Smith, quien creyó en las "corruptoras" doctrinas mirandinas y en el éxito de esta peligrosísima expedición, entregándole a su hijo William Steuben Smith, a quien el general nombró teniente coronel.

Capítulo IX
Entre cardones y tunas

Llegando el *Leander* a Haití, Miranda recibe ayuda de su presidente Pétion y engrosa su expedición con dos barcos pequeños, el *Baco* y la *Abeja*.

Se puede decir que fue de los negros haitianos de quienes los patriotas de la América meridional recibieron la primera –y única– ayuda desinteresada. Posteriormente, el mismo Pétion armaría la expedición liberadora de Francisco Javier Mina a México, y las dos de Bolívar a las costas venezolanas.

Según los planes mirandinos, el desembarco debía realizarse por Ocumare, desde donde se podría penetrar por tierra los valles de Aragua y Caracas.

Ya informado el capitán general Guevara y Vasconcelos inicia una feroz campaña de descrédito contra Miranda y prepara las defensas costeras. El 26 de abril, frente a Puerto Cabello, salen al encuentro de la expedición los guardacostas españoles *Argos* y *Celoso*. Tras el combate son capturados el *Baco* y la *Abeja*. El *Leander*, con el general a bordo, escapa a Bonaire, Granada, Barbados y se refugia finalmente en Trinidad.

En Puerto Cabello los españoles ahorcan y descuartizan a diez de los apresados. El resto, cuarenta y siete, es condenado a la prisión de Cartagena. Los martirizados fueron los norteamericanos Billopp, Powell, Hall, Farquarson y Johnson; los ingleses Ferris, Gardner y Donahue; el portugués George y el polaco Bergud.

Es necesario reivindicar ciertos nombres porque continuamos cayendo en la gran injusticia histórica de recordar a estos combatientes mirandinos como simples mercenarios y escorias de los muelles de Nueva York. No es nada raro que Miranda les haya ofrecido una paga, tan utópica como la república que el Precursor quería forjar desde México hasta la Patagonia.

Gloria, pues, a estos proletarios extranjeros que prefirieron el más honrado negocio de hacerse matar por la libertad en una playa desconocida antes que el de enrolarse en una empresa piratesca de un botín seguro.

Miranda reorganiza sus fuerzas en Trinidad y Barbados. Los ingleses de estas colonias se mostraban ahora renuentes a ayudarlo. El mismo Lord Cochrane pone a su disposición diez barcos de la flota británica en el Caribe, pero solo a título de escolta.

Tras algunas escaramuzas con barcos franceses del gobernador de Guadalupe, Miranda llega el 3 de agosto de 1806 al puerto de la Vela de Coro. Los defensores lo abandonan, pudiendo desembarcar el general y colocar la bandera independentista, amarilla, azul y roja, en el torreón del castillo.

Penetra en Coro, cuyos habitantes se habían ido a los montes, suelta a los presos y fija sus proclamas en lugares públicos. Algo sucedió para que las masas, alborozadas, no salieran a recibirle y continuar con él la guerra santa americana. Ellas se comportaron como si se les hubiera aparecido la pandilla del Capitán Garfio o las huestes de Satanás. No en vano el obispo de Mérida, en visita pastoral por aquellas tierras, había alertado al pueblo contra la llegada del anticristo.

Algo falló en los planes del general en eso de desembarcar en un lugar de la geografía patria totalmente desconocido para él, y

aspirar a la incorporación de unos paisanos a quienes no veía desde hacía más de treinta años.

Algunos autores señalan la posibilidad de que Miranda haya sobrestimado la importancia de la insurrección de los esclavos de la sierra de Coro en 1795, y la posibilidad de que renaciera el movimiento aprovechando la llegada de la expedición.

Se podría pensar que el general estuviese desinformado de la real situación social y política con las costas corianas, pero nos cuesta creer que lo estuvieran los servicios de inteligencia de los ingleses, dueños y señores del Caribe oriental.

Si en realidad estuvieron tan interesados –a última hora– en echarle una mano a Francisco, pareciera que se esmeraron en escoger, para el desembarco, un punto lo más alejado posible de Trinidad, posición inglesa desarrollada que podría haber servido de retaguardia a la expedición en caso de haberse obtenido éxitos iniciales.

En términos militares, otra cosa hubiera sido un desembarco en Güiria, en el golfo de Paria, con las espaldas y logística cubiertas por Trinidad, Granada y Barbados.

Diez días estuvo Miranda esperando, entre cardones y tunas, a los despavoridos corianos, o quizá al esfuerzo exterior que nunca llegó. Eso hasta que la presencia de fuertes contingentes españoles lo obligara a reembarcar sus fuerzas hacia Aruba.

En este episodio hay algo –o mucho– de cálculo y conservadurismo por parte de los ingleses, contradictorio con la agresividad demostrada en junio de ese mismo año en la invasión a Buenos Aires, donde arribó una embarcación de mil seiscientos hombres al mando del almirante Popham y el general Beresford. Da la impresión de que el "apoyo" inglés a Miranda tenía que ver con una treta para distraer al grueso de la armada española, mientras se consolidaban posiciones en el Río de la Plata.

En diciembre de 1807, Miranda, luego de solicitar vanamente el apoyo de Cochrane y los gobernadores de Trinidad y Jamaica, se dirige nuevamente a Londres.

Como quiera que fuese, en esta ocasión quedaba demostrado que la insurrección liberadora no iba a ser el producto inmediato de un desembarco revolucionario proveniente del exterior, mucho menos si no se observaba aun política de acuerdo con las condiciones propias del lugar y si no estaba coordinado con las fuerzas internas. Era necesario un trabajo político más a fondo, la ayuda exterior solo podía influir en la realidad revolucionaria a través de la organización y actividad de la vanguardia local.

Capítulo X
La revolución de los cabildos

En Europa, en octubre de 1806, Napoleón derrotaba totalmente a las fuerzas prusianas. Luego, los franceses se enfilaron contra Rusia. Ante las victorias napoleónicas, el zar Alejandro capituló en julio de 1807. Se firmó la llamada Paz de Tilsit, donde Rusia se aliaba entonces a Napoleón contra Inglaterra.

Ahora Bonaparte pasa a entendérselas con Portugal y España. En 1808, cae Portugal y los reyes se fugan a Brasil. Carlos IV quiere hacer lo mismo hacia territorios de ultramar, pero se lo impide un levantamiento popular que lo obliga a abdicar a favor de su hijo Fernando, pero Napoleón hace presa a toda la familia real y coloca a su hermano José en el trono español.

El pueblo no tarda en insurreccionarse y formar juntas patrióticas de gobierno. La de Sevilla se constituyó en junta central, que asumió las funciones de gobierno español en nombre de Fernando VII.

Inglaterra declara su apoyo a España y envía una expedición en su ayuda, calculando que en gratitud abriría sus colonias al comercio

inglés. Por otro lado, de consolidarse Napoleón en la península, peligraba la existencia misma de Inglaterra.

Es así como el gabinete británico termina por rechazar totalmente los planes mirandinos, y hasta le ofrecieron que marchase a España como voluntario en la expedición de Wellington, propuesta que Miranda rechazó indignado. Al contrario, el Precursor arrecia su actividad agitativa enviando a América innumerables mensajes a la intelectualidad criolla. Introduce sus artículos en la prensa inglesa y finalmente funda su propio periódico: *El Colombiano*, primer órgano de prensa que abogó por la independencia de las colonias españolas, y obligado punto de referencia político-ideológico de los patriotas.

Cuando en América se conocen los sucesos de la península, los inquietos e ilustrados criollos ven en ellos la magnífica oportunidad para hacer valer sus derechos y zafarse de la burocracia española. Para ello, se proclamaron a sí mismos los más celosos "defensores de los derechos de Fernando VII". Como este infeliz estaba preso en Bayona, de hecho, los mantuanos quedaron gobernándose a sí mismos y al resto del pueblo.

En concordancia con los planteamientos del Precursor de que si en España los cabildos habían insurgido contra Napoleón, en América los organismos comunales debían asumir el gobierno de las provincias, los vecinos de Montevideo forman una Junta Autónoma en 1808. En 1809, hacen lo mismo los patriotas de Chuquisaca y La Paz. En los años siguientes, los criollos se hacen del poder en Quito, Bogotá, Buenos Aires, Paraguay y Chile. En México y Centroamérica el movimiento toma carácter de masas y se producen grandes levantamientos populares, mas no se toma el poder.

En Caracas, los mantuanos no se podían quedar atrás. Comenzaron a exigir la creación de una junta gubernativa a semejanza de las de España, y ante la negativa del capitán general se comienza a conspirar secretamente. Entre los conjurados se encontraban los hermanos Simón y Juan Vicente Bolívar, el marqués del Toro, Mariano y Tomás Montilla, José Felix y Nepomuceno Ribas, Antonio Nicolás Briceño, etc.

Descubiertos, fueron sancionados a confinamiento en sus casas de hacienda. A los Bolívar les tocó guardarse en sus propiedades de San Mateo; sin embargo, continuó la confabulación.

El 18 de abril de 1810 llegan tres comisionados del Consejo de Regencia Español, organismo sin mucha autoridad de invención inglesa que suplantó a la Junta de Sevilla, cuando esta cayó en manos de los franceses. Ello obligó a los revolucionarios a adelantar sus planes, y el día 19 se lanzaron a las calles de Caracas a hacer agitación para que el Cabildo se reuniese y decidiese sobre el problema del poder.

En principio se decidió la formación de una junta presidida por el mismo Emparan, el capitán general, pero tras la intervención del sacerdote chileno Cortés de Madariaga, agente mirandino, se dispuso su destitución, ratificada por el pueblo en las calles.

Se designó una Junta Suprema, cuya actuación podemos resumir en que desconoció el Consejo de Regencia, expulsó a los funcionarios españoles de alta jerarquía, estableció el libre comercio, eximió a los indios del pago de tributos, prohibió las nuevas importaciones de esclavos, suprimió los impuestos de exportación y de alcabala para los artículos de primera necesidad.

Se reorganizó todo el aparato gubernamental y las milicias, que quedaron al mando de Fernando Rodríguez del Toro. Se adoptó la bandera diseñada por Miranda. La Junta creó una Academia de Matemáticas y una Sociedad Patriótica para que organizase y fomentase la agricultura, la cría, la industria y el comercio. Para redactar la Constitución se convocó un Congreso de Representaciones de las Provincias.

Con el fin de dar a conocer y acreditar el movimiento en el exterior se envían diplomáticos a Jamaica, Trinidad, Curazao, Nueva Granada, Estados Unidos e Inglaterra. Esta última delegación estuvo compuesta por Simón Bolívar, Andrés Bello y Luis López Méndez.

Sin embargo, el Cabildo de Coro desconoció la autoridad de la Junta Suprema, por lo que esta envió al marqués del Toro con un ejército a someterlo. El marqués fue derrotado.

Maracaibo siguió el ejemplo de Coro, así como Guayana, convirtiéndose, de esta manera, en los baluartes principales de la contrarrevolución realista.

Capítulo XI
La Sociedad Patriótica y el Congreso Constituyente

Los diplomáticos venezolanos llegaron a Londres en julio de 1808. Allí les recibe el viejo Miranda, quien organiza una entrevista con el ministro del Exterior. La embajada patriota plantea el reconocimiento de la Junta de Caracas como gobierno autónomo y la obtención de armas. El ministro inglés objeta ambos requerimientos, aunque expresa la disposición de Inglaterra a comerciar con Venezuela.

La delegación regresó a Caracas, y poco después los siguió Miranda, quien desembarcó en diciembre de 1810. Se le recibió con fervor y admiración, aunque con el recelo de los terratenientes esclavistas y el clero, ya que se le tenía por ateo y republicano radical.

Sin embargo se le dio el grado de teniente general y se mandó a destruir todos los documentos españoles que perjudicasen su reputación.

Apoyado por los patriotas más revolucionarios, entre ellos Bolívar, Muñoz Tébar, Vicente Salias, Coto Paúl, Francisco Espejo, Antonio Nicolás Briceño, Pedro Gual, los Ribas, los Montilla, etc.,

Miranda asumió la dirección de la Sociedad Patriótica de Agricultura y Economía, imprimiéndole un giro hacia la discusión de problemas políticos e ideológicos. Esta sociedad se fue convirtiendo en un club político abierto también a los mestizos y capas humildes de la población.

Su doctrina era republicana, democrática y abogaba por la independencia absoluta; autores de la época la tildaban de logia masónica y club jacobino.

Otro grupo, más radical todavía, fue el llamado "club de los sin camisa", dirigido por el cura Joaquín Liendo.

Poco tiempo después de constituida la Junta Suprema se anunciaron elecciones con el fin de formar un gobierno que emanase de la voluntad popular. Juan Germán Roscio redactó el reglamento electoral para elegir a los diputados al Congreso Constituyente.

Las elecciones se realizaron entre octubre y noviembre de 1810, y sus características fueron las siguientes: por parroquia se elegía un representante por cada quinientos habitantes. Estos procedían a elegir un delegado provincial por cada treinta mil habitantes. Es de señalar que todos los votantes debían tener bienes de fortuna, con lo que se ilustra el concepto de pueblo que tenían los aristócratas mantuanos que en principio dirigieron el proceso de independencia.

Salieron electos veinticuatro diputados por Caracas, nueve por Barinas, cuatro por Cumaná, tres por Barcelona, dos por Mérida y uno por Margarita. Como sabemos, Coro, Maracaibo y Guayana se mantenían en la Regencia.

Entre otros fueron elegidos: Miranda, Roscio, Francisco Javier Yánez (cubano), los Rodríguez del Toro, Lino de Clemente y José de Satta y Busy (peruano).

El 2 de marzo de 1811 comenzó sus deliberaciones este Congreso. La Junta Suprema fue sustituida por un Poder Ejecutivo formado por tres miembros: Cristóbal Mendoza, Juan Escalona y Baltasar Padrón. Se abolió la Inquisición y las torturas, se proclamaron los "derechos del pueblo", en los que se establecieron la soberanía popular a través del voto, la libertad de expresión, el derecho a la seguridad y la propiedad, la inviolabilidad del hogar y la igualdad de

derechos de los ciudadanos ante la ley, punto último contradictorio con la permanencia de la esclavitud y la situación de las masas enfeudadas.

Pero el Congreso no se decidía a declarar la independencia total. Mientras tanto, la Sociedad Patriótica hacía una amplia propaganda a favor del rompimiento definitivo, tanto en las calles como en las barras del Congreso. Enfrentándose al ala más reaccionaria del mantuanaje que había dado el primer paso autonomista de abril, más para contener una ofensiva de los explotados ante el vacío de poder que por el deseo de romper con la madre patria.

El 19 de abril de 1811, en conmemoración a los sucesos del año anterior, la Sociedad se lanzó a las calles a quemar retratos de Fernando VII y lanzar mueras a la tiranía. Mayo y junio también son de extrema agitación. El 4 de julio, la Sociedad, seguida de numeroso pueblo, presionó al Congreso para que proclamase la independencia. Al día siguiente se debate el tema y se somete a votación. Todos los diputados aprueban la ponencia independentista, excepto el cura Maya, representante por Mérida.

Venezuela nació como una república federal, es decir, formada por provincias con igualdad política y jurídica, con soberanía a semejanza del sistema norteamericano, cuestión que en su momento fue muy debatida, ya que algunos, como Miranda, Bolívar y Muñoz Tébar, veían en ello una organización estatal demasiado débil y dispersa frente a la contraofensiva española que ya se veía venir. En Puerto Rico se preparaba una armada para tal efecto.

En este sentido, Muñoz Tébar diría: "¡Que la República siga su marcha triunfal derramando placeres que enloquecen, bendiciones que santifican! Pero desde ahora adivino que mañana habré de estar por una República poderosa y central que representa la nacionalidad y la fuerza, y no por pequeños estados, tanto más débiles y turbulentos cuanto más pequeños, inútiles el día del peligro, enojosos al buen sentido, expresión del egoísmo y arena de la ambición...".

"El problema será entonces dar al gobierno la energía suficiente para someter a los individuos a la voluntad general, ganándolos por

el amor y el temor, y neutralizándolos en sus medios de rebelarse. Escapados de la tiranía su vuelta nos preocupa únicamente; pero la anarquía es también la tiranía, complicada con el desorden".

Al final, en la Constitución se impondría el modelo federalista yanqui, que a pesar de la palabrería demagógica rousseauniana, lo que escondía era el deseo de los terratenientes provinciales por mantenerse fuera del control central. Es decir, que la forma de gobierno federal, fruto del arsenal político-ideológico de la burguesía emergente europea y norteamericana, la esgrimían ahora los esclavistas feudales venezolanos para garantizar sus intereses y oponerse al progreso objetivo y la defensa de la nación.

Esta posición también tiene sus raíces en contradicciones entre los hacendados provinciales y la aristocracia caraqueña heredera privilegiada del poder político y del monopolio del comercio exterior.

Francisco de Miranda, al estampar su firma en aquella Constitución, anotó debajo: "Considerando que en la presente Constitución los poderes no se hallan en justo equilibrio, ni la estructura u organización general es suficientemente sencilla y clara para que pueda ser permanente; que por otra parte no está ajustada con la población, usos y costumbres de estos países, de que puede resultar que en lugar de reunirnos en una masa general o cuerpo social, nos divida y separe en perjuicio de la seguridad común y de nuestra independencia. Pongo estos reparos en cumplimiento de mi deber".

Capítulo XII
¡Bochinche, bochinche!

A todas estas, la situación económica y política se complicaba. Los puertos venezolanos fueron bloqueados con lo que quedó paralizado el comercio. Escasearon los artículos de primera necesidad. Los latifundistas exportadores no podían sacar los cargamentos de cacao, café e índigo (colorantes).

Con el agotamiento de los caudales de la antigua Real Hacienda se creó un papel moneda sin respaldo alguno y que nadie aceptaba.

En julio una escuadrilla realista proveniente de Puerto Rico intentó desembarcar en las costas orientales, siendo repelida por fuerzas de la Junta de Cumaná.

Instigados por el clero, agricultores de origen canario, en número de cien, avanzaron desde Los Teques hasta la capital armados de trabucos y machetes dando vivas al rey y a la Virgen. Fueron también derrotados.

Sincronizadamente se inició otra sublevación realista en Valencia. El marqués del Toro fue enviado con sus tropas a sofocarla. Fue rechazado, por lo que se recurrió a Miranda, que solo hasta mediados de agosto pudo controlar la situación. Sin embargo, el Congreso se

opuso a que siguiera hacia Coro, aduciendo razones económicas, pero en realidad opuesto al fortalecimiento de la autoridad del general.

Por otro lado, los círculos mantuanos más reaccionarios iniciaron una campaña de descrédito contra Miranda acusándole de cometer abusos de mando y de haber impuesto contribuciones forzosas a los ilustres de la ciudad para sustento de las tropas.

Ante la desorganización inicial del partido monárquico, la contrarrevolución se apoyó principalmente en el ascendiente moral y las estructuras de la Iglesia católica, comenzando por el arzobispo Narciso Coll y Pratt.

El religioso estuvo implicado en la conspiración de los isleños y el alzamiento de Valencia, aunque nadie se atrevió a procesarle. Antes bien, se atrevió a interceder por la libertad de Pedro Hernández, fraile que dirigió lo de Valencia.

Es así como la Iglesia, a excepción de algunos pocos integrantes, se convierte en quinta columna, propagandística y coordinadora del frente interno contrarrevolucionario.

A instigación del cura Andrés Torrellas ocurre un levantamiento contra la República en Siquisique. Cevallos, jefe militar español, desde Coro, envía al marino isleño Domingo Monteverde con doscientos treinta hombres a apoyar a los rebeldes. Los realistas, fortalecidos, avanzan hacia Carora, a pesar de no tener órdenes para ello de parte de Mijares, el capitán general.

Se produce el terremoto del 26 de marzo que asola las ciudades de Caracas, Mérida, San Felipe y Barquisimeto. Los religiosos reaccionarios se aprovechaban de la situación de muerte, miseria y desamparo de la población para hacer creer a las gentes que se trataba de un castigo celestial por haber desconocido al rey Fernando, a pesar de que en Mérida la Iglesia le cayera encima al obispo Hernández Milanés (obcecado monárquico que organizó la oposición a Miranda cuando su desembarco en Coro).

El gobierno exigió al arzobispo Coll que desmintiera los infundios que los frailes regaban en la población. Antes bien, el maquiavélico personaje manifestó: "El Creador, Soberano

de la Naturaleza, dueño y señor todopoderoso de las fuerzas a él subordinadas, se valía de estas para castigar a los depravados y para la constitución de los pecadores".

Monteverde se abalanza sobre Barquisimeto y San Carlos. Ante la grave situación se recurre a Miranda. Se le nombra generalísimo del ejército y supremo jefe del gobierno. Tardíamente, ahora tratábanse de centralizar las energías de la República.

El general designa a Bolívar jefe de los defensores de Puerto Cabello, principal fortaleza militar del país, y envía solicitudes de auxilio a Inglaterra y Estados Unidos, pero no tienen respuesta alguna. Llama a militares extranjeros a ayudarle a formar e instruir al ejército, entre ellos Delpech, De Cayla, MacGregor, Serviez, Rolichon, Leleux, La Batut, Piar Mirés, etc.

A estas alturas la aristocracia ya está buscando cómo pactar con los invasores. Surgen traidores por todas partes. Los Toro se niegan a combatir a las órdenes de Miranda. Se pasan al enemigo las guarniciones de Guanare y San Juan de los Morros. Las provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita no prestan apoyo alguno. Mérida y Trujillo caen en manos del realista Correa.

Miranda promete la libertad a los esclavos dispuestos a combatir por la independencia, lo que provoca la indignación de los terratenientes. La oligarquía y el clero aumentan sus intrigas contra el Precursor, aterrorizados también por el levantamiento de los esclavos del Tuy, que en grandes grupos avanzaban sobre Caracas, prefiriendo el botín seguro ofrecido por los jefes realistas a la defensa de la moribunda patria mantuana.

Solo Madariaga, Miguel José Sanz, José Félix Ribas, Pedro Gual, Soublette, Sucre y Bolívar se mantienen al lado del anciano.

Miranda opta por una estrategia defensiva, atrincherándose en La Victoria para no alejarse de la única fuente de abastecimiento: Caracas y los valles de Aragua. También sabe que Monteverde está agotado y no tiene artillería por lo que confía en desgastarlo. Por otro lado, el general espera la ayuda extranjera, pero el 6 de julio Bolívar pierde el Castillo de Puerto Cabello por la traición de algunos oficiales que liberan y arman a los presos realistas, y

permiten el desembarco de refuerzos enemigos. Monteverde se apodera de doscientas toneladas de pólvora, plomo y tres mil fusiles, lanzándose a una ofensiva arrolladora.

El general reúne al Ejecutivo y los ministros, llegando todos a la conclusión de que debía lograrse un acuerdo honorable con Monteverde, aprovechándose el espíritu conciliador de la Constitución española de 1812, aprobada en Cádiz por las Cortes y el Consejo de Regencia, que proclamaba amplias reformas políticas y jurídicas en la situación colonial. Ante la posibilidad cierta de un aniquilamiento total, asfixiado por la ofensiva de Monteverde, la insurrección de los esclavos, las deserciones y la traición en el campo mantuano, el comisionado de Miranda, Sata y Busy, firma la Capitulación de San Mateo donde se contemplaba el resto a las vidas y bienes patriotas, libertad de los prisioneros y permiso de salida del país a quienes quisieran hacerlo.

Miranda pensaría que dejando Venezuela en tales condiciones, bien podría retirarse a la Nueva Granada para, con la ayuda de Nariño, recuperar el movimiento. Perder una batalla no era perder la guerra.

Con lo que sí no contó el general fue con que Monteverde actuaba por cuenta propia, insubordinado respecto a Mijares, el capitán general por ende al Consejo de Regencia. De origen canario, como el padre de Miranda, y por lo tanto, despreciable a los ojos de los peninsulares, Monteverde conformó una fuerza reaccionaria autónoma que ni trató con Miranda representando a España, ni reconoció en él mayor autoridad legal que la de jefe de un puñado de bandidos. Es por ello que no cumplió nada de lo tratado.

Entró en Caracas el 29 de julio de 1812 aprisionando a los republicanos y confiscando sus bienes. En Calabozo y San Juan de los Morros su lugarteniente Antoñanzas quitó la vida a los prisioneros colgándolos de los árboles. Igualmente se distinguieron en crueldad Cervériz y Martínez en oriente. Zuazola cortaba las orejas a sus víctimas y las enviaba a los realistas para que las usaran como adornos en los sombreros y en las puertas de las casas.

Bolívar, luego de la fatal pérdida de Puerto Cabello, se fue por mar a La Guaira, donde se encontró con Miranda a punto de embarcarse en un barco inglés.

En uno de los episodios más tristes y confusos de nuestra historia, el general es acusado de cobarde y detenido por gentes del partido mantuano. Las palabras de Miranda en esta ocasión fueron: "Bochinche, bochinche, esta gente no sabe hacer sino bochinche".

Luego Miranda cae en manos de Monteverde, iniciándose su calvario por las mazmorras españolas: La Guaira, Puerto Cabello, Puerto Rico y Cádiz, donde muere el 14 de julio de 1816 en la fortaleza de La Carraca, padeciendo de derrame cerebral y de "fiebres pútridas", a saber: fiebre amarilla, avitaminosis, escorbuto y decepción. Para más desgracias, sus restos nunca aparecieron. Los botaron los españoles.

Capítulo XIII
Para entender a Miranda

Según las fuentes consultadas, tal vez sea Sebastián Francisco el venezolano que atesore la más grande, exótica y universal colección de epítetos.

En Estados Unidos le recibieron como "sabio extranjero", "caballero amante de la libertad", "docto en el arte militar", "ejemplo vivo del más perfecto carácter humano", "jefe capaz de capitanear la insurrección del pueblo y de realizar cualquier otra audaz empresa", "hombre de excelente instrucción clásica y conocimientos universales".

John Adams, que sería el segundo presidente de los Estados Unidos, opinaría: "Miranda sabía más de cada campaña, batalla, sitio, asalto, combate o escaramuza habida durante la guerra de independencia de los Estados Unidos que cualquier oficial de nuestro ejército o gobierno de nuestro país... Se distinguía por su agudo intelecto, inquieta imaginación y curiosidad insaciable".

Sin embargo, el presidente Jefferson no fue capaz de darle un solo cartucho al general, sino que lo mandó a que lo esquilmara la mafia portuaria de Nueva York. En 1811, el presidente Madison,

requerido por la delegación de la Junta Suprema, se negó a reconocer la legalidad del gobierno patriota y a vender fusiles a los revolucionarios, mientras aceptaba un pedido de fabricar ochenta mil para España.

Debe recordarse que al regreso de la misión diplomática a Norteamérica murió Juan Vicente Bolívar, jefe de la misma y hermano del Libertador, en un naufragio.

En el aciago año 12, Miranda, ya como jefe de gobierno, siguió insistiendo a los norteamericanos por recogimiento y armas, sin resultado alguno.

Solo hasta 1822 los yanquis, representados por el famoso Monroe, reconocerían la independencia de Venezuela, sin menoscabo de que ante la protesta de España, el secretario de Estado, John Quincy Adams, hijo del fulano aquel que alababa a Miranda, expusiera: "Por el hecho del reconocimiento, no se ha de entender que hemos de impedirle a España que haga cuanto esté de su parte por restablecer las colonias de su autoridad".

Es así como Miranda, que se fajó con los ingleses por la libertad de las trece colonias, es la primera víctima de la estrategia norteamericana de observar el desangramiento de latinoamericanos y españoles para luego apoderarse de la América recién nacida.

¿Cuánto no se reirían los padres fundadores del imperialismo yanqui del compa Miranda con eso de una Hispanoamérica unida desde el Mississippi hasta la Patagonia? Y a los pocos años los Estados Unidos pusieron sus cercos nacionales hasta el río Bravo y sus monopolios y espías hasta la Tierra de Fuego.

Los ingleses llamaron al Precursor "notable hispanoamericano", "hombre de ideas excelsas y hondos conocimientos", "erudito y con gran experiencia de la vida", "mártir de la Inquisición española" (y de la piratería británica, añadimos nosotros).

Los rusos zaristas lo homenajearían como "exótico huésped", "hombre de extraordinaria personalidad e inteligencia", "de carácter honrado y noble". Eso hasta que se enroló con los revolucionarios franceses, porque de ahí se "convirtió" en un "hombre capaz de desempeñar un papel tan estúpido".

En el partido de la Gironda se le tuvo por "caudillo filósofo", "hombre de sabio patriotismo y apasionado celo en el cumplimiento de su deber", "abogado de la Revolución", "ciudadano ejemplar", "jefe militar de talento y revolucionario honrado", "su valentía y talento, su propio nombre, todo ello le permitirá sin trabajo romper las cadenas de Pizarro y Cortés". "El solo nombre de Miranda vale por todo un ejército", "¡su capacidad, su arrojo y su genio son garantía de nuestra victoria!".

A su vez, los jacobinos lo agarraron de "aventurero y espía", "enemigo del pueblo" o "cómplice de Dumouriez". El susodicho traidor diría posteriormente que era "jacobino", "agente de los Estados Unidos" e "inepto".

"Es un Don Quijote, con la única diferencia de que no está loco", sentencia finalmente Napoleón, cuando conoció personalmente a nuestro paisano.

En resumen, los ingleses lo tenían por fiera suelta republicana y agente norteamericano; los yanquis, por agente de los rusos; estos, por agente de los franceses, que a su vez, y a cada rato, lo estaban echando preso por sospechoso de cualquier cosa.

La Inquisición, la policía secreta española, y no pocos criollos lo llamaron "mulato", "encausado", "mercader", "aventurero indigno", "contrabandista", "traidor a la patria", "prófugo", "peligrosísimo enemigo de España", "facineroso", "librepensador de cuidado", "impostor y sinvergüenza", "traidor condenado por delitos políticos", "hombre peligroso para su monarca", "oveja descarriada", "terrible y peligroso", "judas", "capitán de terrorífica banda de piratas, matones y delincuentes"; "anticristo", "demoníaco y protestante", "apóstata", "pirata inglés", "delincuente de Estado", "nuevo Belial", "monstruo insensato", "extranjerizante", "impío volteriano".

Juan Germán Roscio, su compatriota, diría que Miranda era un "diseminador de la discordia y chismes"...

La participación en la guerra de independencia norteamericana ayuda a nuestro joven Miranda a transformar su natural resentimiento en motivaciones políticas e ideológicas más amplias.

Con la emancipación de la América meridional se cobraría a España más de trescientos años de opresión y agravios –pensaría Francisco–, pero él, hijo del humillado tendero canario, tampoco se pondría a las órdenes de los arrogantes y pretenciosos mantuanos, especialistas en comer, dormir, rezar y pasear. En este sentido, la insistencia del general por solicitar ayuda extranjera para su proyecto libertario no solo tenía que ver con un cálculo sensato de la correlación de fuerzas existentes, sino con una gran desconfianza para con los soberbios e intrigantes feudales criollos, que explotaban inmisericordemente a esclavos con todas las monarquías europeas defendiendo la República francesa y los derechos del hombre.

En la práctica, Miranda actuaba con absoluta independencia con respecto al partido mantuano. Por ello su voluntarismo en el fracasado desembarco de Coro.

De allí que en las instrucciones dadas a Bolívar y el resto de la Delegación, que la Junta Suprema envió a Londres a finales de 1808, se les ordenara defenderse de Miranda: "El general que fue de Francia y maquinó contra los derechos de la monarquía que tratamos de conservar... o aprovechar solo su concurso de algún modo que sea decente a la comisión".

La junta ni siquiera envió una invitación al general para que regresara a su tierra natal, por cuya libertad había gastado más de veinte años de su vida. Solo ciertos jóvenes criollos calificados de "calaveras", "revoltosos", fueron los que recibieron en La Guaira al abuelito Miranda. Bolívar lo alojó en su casa y le entregó la dirección de la Sociedad Patriótica.

Por otro lado, los mantuanos viejos lo aceptaron en el Congreso de 1811 como diputado por el pueblito de El Pao, lo que no dejaba de ser una nueva discriminación para quien años antes se paseara por Europa como "representante plenipotenciario de las ciudades y provincias de Suramérica". Por último, ya hemos visto cómo se le entregó a última hora la averiada nave del Estado, para que hiciera un milagro, o pasara a la historia como único responsable del naufragio. Luego se le detiene, impidiéndole su salida a Nueva Granada, facilitándose así su captura por Monteverde.

Sobre este hecho se puede decir que cada autor consultado tiene una versión diferente de este hecho doloroso que costó el que se tronchara la heroica carrera del Precursor, y que Bolívar, el Libertador, haya tenido que iniciar la suya mediante un pasaporte rogado a Monteverde.

Para nosotros, que de ninguna manera queremos oponer la trayectoria del Precursor a la de Bolívar, sino que, al contrario, las entendemos como complementarias, Miranda cayó en manos realistas como producto de la venganza del partido esclavista-terrateniente que siempre estuvo dispuesto a pactar con España y nunca a seguir las peligrosas utopías mirandinas.

En ese episodio participaron personajes mantuanos que simbolizaban muy bien las actitudes futuras del bloque aristocrático venezolano: Las Casas, comandante del puerto de La Guaira luego de la prisión de Miranda, se reintegró al partido realista; Miguel Peña, enemigo de Miranda a partir de que este expropiara a su padre cuando la sofocación del motín monárquico de Valencia, posteriormente se quedaría en el bando patriota como uno de los enemigos políticos más acérrimos del Libertador; y el propio Bolívar, cuya obra futura no tendría nada que ver con la reconciliación con la madre patria, ni con la entrega de nuestro país a otro imperio, ni con la perpetuación del régimen esclavista feudal. Antes bien, sabemos que gastó el resto de su vida en desarrollar y enriquecer al máximo el programa mirandino, síntesis a su vez de los ideales de quienes lo antecedieron, y aplicación tropical de lo más revolucionario de la época.

Hay quienes quieren desgraciar el legado del Precursor alegando justicia por parte de Bolívar. Hay otros que prefieren señalar sentimientos innobles por parte de nuestro Libertador con respecto al consecuente anciano. Otros se pronuncian por verlos enfrentados en la historia compartiendo culpas por igual. Nosotros somos partidarios de un enfrentamiento entre Miranda y la ideología mantuana que oscilaba entre conciliación y el cortoplacismo. De quienes creyeron que la independencia sería un paseo. El Precursor no creyó que con perder la batalla del año 12 se iba a perder la guerra

de liberación de la América indohispana. Como, en efecto, no se perdió.

Sabemos que Monteverde no respetaba legalmente al Consejo de Regencia; no obstante, ante los hechos cumplidos, el gobierno de Cádiz lo reconoce como capitán general. En este carácter, el jefe realista escribe a España, dando su versión de los hechos: "Los que fueron contagiados, pero de algún modo obraron opuestamente a la maligna intención de los facciosos, deben ser perdonados de su extravío y aún tenerse en consideración sus acciones, según la utilidad que haya resultado de ellas al servicio de su Majestad. En esta clase se hallan Manuel María de Las Casas, Miguel Peña y Simón Bolívar. Las Casas y Peña eran los que más estaban encargados del gobierno de la Guaira; el primero de lo militar y el segundo de lo político, cuando los facciosos de esa provincia trataron de escaparse por aquel puerto con su dictador Miranda, llevándose consigo los restos del erario de S.M. En los días que inmediatamente precedieron a la entrada de mi ejército a Caracas. En el momento que pisé esta ciudad di las órdenes más perentorias para la detención de aquellos en La Guaira; pero, afortunadamente, cuando llegaron, aunque dirigidas con la mayor rapidez, ya Las Casas con el consejo de Peña y por medio de Bolívar, había puesto en prisiones a Miranda y asegurado a todos sus colegas, operación en que Las Casas expuso su vida, que habría perdido si se hubiera eludido su orden, del mismo modo que habrían corrido riesgo Peña y Bolívar. Las Casas completó su obra de un modo satisfactorio... Yo no puedo olvidar los interesantes servicios de Las Casas, ni el de Bolívar y Peña y en su virtud no se han tocado sus personas, dando solamente al segundo su pasaporte para países extranjeros, pues su influencia y conexiones podrán ser peligrosas en estas circunstancias".

En otro mensaje diría Monteverde: "Esta fue la razón poderosa que tuve para disimular y dar pasaporte a tres o cuatro con dolor mío y a pesar de todos mis temores".

Podemos decir entonces que en la opinión de Monteverde, Bolívar salvó la vida porque obró "opuestamente a la maligna intención de los facciosos" (irse con Miranda a Nueva Granada).

Sin embargo, teniendo "influencia y conexiones peligrosas" (con magnates criollos de Caracas, a quienes Monteverde tenía que neutralizar) recibió su pasaporte con "dolor y temor" del jefe realista que sabía que Bolívar era un mantuano diferente a Las Casas o Peña.

No se equivocaba Monteverde. De La Guaira, Simón viajó a Curazao y la Nueva Granada y, como calcando el plan estratégico de Miranda, allí solicitó y recibió ayuda, recuperando al movimiento con el que derrota a Monteverde en el año 13.

Bolívar convierte en arma ese humillante pasaporte porque su oposición a Miranda fue por razones muy diferentes a las de Las Casas y Peña. Nueve años después, y ya en posesión del título de Libertador, declararía: "Cuando en el año 12, la traición del comandante de La Guaira, Manuel María de Las Casas, puso en posesión del general Monteverde aquella plaza con todos los jefes y oficiales que pretendían evacuarla, no pude evitar la infausta suerte de ser presentado a un tirano, porque mis compañeros de armas no se atrevieron a acompañarme a castigar a aquel traidor o vender caramente nuestras vidas".

Por fortuna, el futuro Libertador no vendió cara su vida, al estilo de un caballero feudal. Dolorosamente, el bochinche de la madrugada guaireña significó la perdición del Precursor. Por ello, y a pesar de las jugarretas y bochinches históricos, no podemos imaginarnos a Miranda y a Bolívar de otra manera que no sea abrazados en la historia y en nuestras consignas, como padre e hijo, y junto a Sucre, formando las tres divinas personas del Dios de Colombia.

Miranda murió de cadenas y pelagra española, Bolívar y Sucre de tuberculosis y puñal monroísta, y todos con la certeza de haber sido tontos útiles de los magnates del cacao, el tabaco, el ganado y el café, empeñados siempre en la explotación inmisericorde de los humildes y en venderle la patria al mejor postor imperial.

Volviendo a lo de la colección de epítetos, el peor pero el menos malintencionado lo recibe de Bolívar: "¡Cobarde!".

Estando Simón refugiado en Cartagena en noviembre del mismo año 12, escribe al Congreso de la Nueva Granada sobre las causas que a su parecer produjeron la caída de la República y a su vez propone la expedición de ayuda a los patriotas venezolanos. Dice en uno de sus apartados: "[Los españoles] Derrotados allí [en los valles de Aragua] completamente en cuatro acciones sucesivas por nuestro ejército, que apresuradamente se formó en Caracas por haber perecido, con la mayor desgracia, casi todos los soldados de la República bajo las ruinas de cuantas ciudades ellos guarecían, así en la capital como en las fronteras, tuvo sin embargo este que rendir sus armas sacrificándose a los designios de su general, quien, por una inaudita cobardía, no logró las ventajas de la victoria, persiguiendo al enemigo, sino antes bien, cometió la bajeza ignominiosa de prometer y concluir una capitulación que, cubriéndonos de oprobio, nos tornó al yugo de nuestros tiranos".

En diciembre, el Libertador envía una comunicación más profunda y formal con el mismo destinatario y contenido. No menciona para nada al general, sino que insiste, difuminando también su responsabilidad cuando los sucesos de la caída de Puerto Cabello, en la fatal e inevitable caída de una República, atacada ferozmente por los realistas y la contrarrevolución; dirigida por filósofos, filántropos y clementes, responsables de la disolución federal, de la anarquía, de la disipación de las rentas públicas en objetos frívolos y perjudiciales, y que por último recurrieron al peligroso expediente de establecer un papel moneda de garantía imaginaria, que la gente veía con más horror que la servidumbre. Además, vino el terremoto y más atrás los clérigos simoníacos, los que abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio encubrían a los enemigos del país y le metían miedo al pueblo.

En uno de los apartados, y refiriéndose en concreto a los errores de tipo militar, Bolívar apunta que la Junta Suprema dejó fortificar a la realista ciudad de Coro, y en lugar de subyugarla a tiempo, se opuso decididamente "... a levantar tropas veteranas, disciplinadas y capaces de presentarse en el campo de batalla, ya instruidas a defender la libertad con suceso y gloria (...) Los milicianos que

salieron al encuentro del enemigo, ignorando hasta el manejo del arma, y no estando habituados a la disciplina y obediencia, fueron arrollados al comenzar la última campaña, a pesar de los heroicos y extraordinarios esfuerzos que hicieron sus jefes por llevarlos a la victoria (...) el soldado bisoño lo cree todo perdido, desde que es derrotado una vez; porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna...".

Centrados en Miranda, y partiendo de los argumentos de Bolívar, tenemos entonces a un general de "cobardía inaudita", a quien el Congreso y el Ejecutivo le entregaron el mando de un ejército improvisado, "por haber perecido, con la mayor desgracia, casi todos los soldados de la República bajo las ruinas", y a su vez, bisoño, indisciplinado, incapaz e ignorante. Entonces, lo que no hizo la cúpula mantuana (de filósofos, clementes, disolutos, anárquicos y consumidores de objetos frívolos y perjudiciales) en dos años (del 19 de abril de 1810 al 23 de abril de 1812), en el orden de los preparativos de los militares, se pretendió que lo hiciera Miranda en menos de tres meses con los pocos y maltrechos sobrevivientes del terremoto.

Sin embargo, el general, con ese "ejército que apresuradamente se formó en Caracas", derrotó a los españoles "completamente en cuatro acciones sucesivas", pero, como los milicianos "salieron al encuentro del enemigo ignorantes hasta del manejo del arma", era inevitable que fueran "arrollados al comenzar la última campaña, a pesar de los heroicos y extraordinarios esfuerzos por llevarlos a la victoria".

¿Pero será que a Miranda no se lo incluye entre estos jefes esforzados, heroicos y extraordinarios? ¿O será que se piensa que tenía la propensión congénita de proponer y concluir "bajezas ignominiosas"?

Meses antes, en julio, Bolívar escribiría al general, con motivo de la pérdida de Puerto Cabello: "¿Con qué valor me atreveré a tomar la pluma para escribir a usted habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello? (...) mi general, mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento con ánimo de mandar un solo

soldado (...) Después de haber perdido la última y mejor plaza del Estado, ¿cómo no he de estar alocado, mi general? ¡De gracia, no me obligue usted a verle la cara!".

Ahora, analicemos este otro párrafo: "Yo hice mi deber (...) y si un soldado me hubiese quedado, con ese habría combatido al enemigo; si me abandonaron no fue por mi culpa. Nada me quedó que hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvasen la patria; pero ¡ah!, esta se perdió en mis manos".

Cualquiera creería que es la respuesta de Miranda a la acción de los bochincheros cuando lo detienen. Mas, sin embargo, es Bolívar quien continúa informándole a su general, el 12 de julio de 1812, asegurando (trece días antes de la capitulación) que la patria estaba perdida.

Concluyamos entonces que si la caída de Puerto Cabello es directamente proporcional a la de Venezuela, tenemos que la responsabilidad de Bolívar lo es a la de Miranda.

Observamos sí, que el futuro Libertador se abate y aloca como el que "cree todo perdido desde que es derrotado una vez", en cambio, la "bajeza ignominiosa" del veterano Miranda, más bien parece una valiente medida estratégica para seguir intentando "corregir la mala fortuna con habilidad y constancia".

En realidad, este asunto, que ha sido un gran bochinche histórico, es más bien explicable en primer lugar por la conducta sinuosa del mantuanaje. La ideología de esta primera vanguardia oscilaba entra la conciliación con el imperio y el liberalismo más anárquico e irresponsable. En palabras de distintos textos de Bolívar: "Una estúpida indulgencia para con los ingratos y pérfidos españoles (...) [Clemencia criminal que contribuyó más que nada a derribar la máquina que todavía no habíamos enteramente construido] (...) El espíritu de partido decidía en todo, y por consiguiente nos desorganizó más que lo que las circunstancias lo hicieron. Nuestra división, y no las armas españolas, nos tornó a la esclavitud".

Por otro lado, Miranda y el Bolívar de aquel entonces, militares educados en los conceptos clásicos europeos, fueron sorprendidos por la táctica irregular de Monteverde, y luego por su dialéctica política: primero firma con Miranda una capitulación respetuosa

de bienes y vidas republicanas, luego incumple y se lanza al saqueo y al crimen. Después, en La Guaira, encarcela al Precursor, encausado "por cobarde" por sus compañeros, y entonces premia los "interesantes servicios" de Bolívar, que como sabemos se opuso hasta el último momento a la capitulación, y era partidario de seguirlo combatiendo.

"Bochinche, bochinche", en los conceptos militares conocidos, que posteriormente Bolívar sintetizó y perfeccionó al máximo confundiendo, atormentando y derrotando a la flor y nata victoriosa de las guerras europeas antinapoleónicas, enrolada en la expedición de Pablo Morillo.

En lo político, el libertador hereda el calvario mirandino y se le forma también su propio bochinche con la cúpula mantuana, que quiere independencia sin revolución social, y con patriotas ultrarradicales.

Bochinche, bochinche, cuando Ribas, Piar y Bermúdez lo desconocen en Carúpano y lo echan del país, a finales del año 14. Bochinche, cuando lo amenazan y expulsan de Cartagena en enero de 1815 o cuando se le insubordinan Mariño y Piar en 1816.

Volviendo a Miranda, ni mantuano ni agente imperial, ¿a quién representaba?, ¿cuál era su ideología?

Hemos visto que en Europa y Norteamérica era la ilustrada burguesía la que se ponía a la cabeza del esfuerzo revolucionario y emancipador. Pero Miranda también fue testigo presencial de cuán fácilmente devino esa burguesía en fuerza opresora para con la mayoría del pueblo, interesada en el mantenimiento y aun la conquista de nuevas colonias.

Nuestro general sintió en carne propia el desprecio o el interés malsano de la burguesía hecha gobierno en Inglaterra y Estados Unidos. Había visto al francés Lafayette, uno de los padres fundadores de Norteamérica, disparar en París contra su propio pueblo y luego pasarse a la coalición enemiga. Había vivido la traición de Dumouriez y observado a un Napoleón derribando monarquías para instituir, bajo las banderas de "libertad, igualdad y fraternidad", un imperio reaccionario, anexionista y expoliador.

Aun sus amigos girondinos le propusieron que se colocara a la cabeza de una expedición punitiva contra los patriotas haitianos.

En el otro extremo los jacobinos no se sentirían con suficiente autoridad moral para guillotinarlo.

Es por ello que creemos que Francisco no fue un pensador burgués cualquiera, con bienes de fortuna que defender y acrecentar. Cuando aterrizó en Venezuela en el año 10, solo era dueño de canas, insultos y encierros. A su llegada tampoco en su patria se encontró con valientes caudillos ilustrados burgueses, sino con los torvos y refractarios esclavistas-terratenientes de siempre, declarando la independencia porque no les quedaba otro remedio. España se había convertido en una provincia francesa, el amado Fernando VII era un pelele preso de Napoleón y el Consejo de Regencia despachaba desde un barco pirata inglés. Tampoco los mantuanos deseaban una independencia a lo Haití.

Es decir que, desechado por las potencias burguesas, tampoco en Venezuela encontró quién lo apoyara ni dónde apoyarse, salvo una muchachada radical –Bolívar entre ellos– que bastante le costaría alcanzar la mayoría de edad libertadora.

Miranda era portador de unas nuevas e incomprensibles ideas cuyos principales fundamentos parecían ser: la independencia total de las colonias españolas en América y su función en una sola gran patria continental, llamada por él Colombia, extendida desde el Mississippi hasta la Patagonia. Concebidas así las cosas, en la estrategia unida de los patriotas indohispanos, estaría la fuerza capaz de derrotar a España, para lo cual tampoco estaría de más azuzar las contradicciones imperiales contra esta.

A su vez, semejante nación era la garantía para no perecer al detal en manos de Inglaterra, Francia, Norteamérica y Rusia, cuyos planes de relevo anexionista conocía Miranda mejor que nadie. Con ellos se entenderá mejor la oposición del general a la subdivisión federal de la recién nacida Venezuela.

Esta "Colombia", con capital en Panamá, también estrenaría una novedosa y tropical forma de gobierno. En principio, Miranda habló de un incanato, o más bien especie de monarquía constitucional, para neutralizar los escrúpulos ingleses y rusos. Pero en realidad

abogó por un sistema republicano centralizado, nada parecido al fracasado experimento girondino y a la república disoluta y racista a lo yanqui.

En fin, en el proyecto mirandino se quería recoger todo lo positivo y progresista de los experimentos burgueses y evitar todo lo que a su criterio los hacía devenir en sistema opresor. Utopía resuelta por Marx, Lenin y la clase obrera muchos años después.

¡Qué iban a estar comprendiendo esto los amos de esclavos y terratenientes criollos! Tampoco lo comprendían los esclavos y gente de las cimarroneras que, por aspirar a reivindicaciones más inmediatas y menos difusas, cayeron en manos de caudillos anárquicos y demagogos realistas.

Por su parte, mucho le costaba a Bolívar hacerse entender por los desposeídos. Todavía en la campaña del Sur, en los montes de Popayán y en los desfiladeros del Alto Perú llovían peñascos y flechas indígenas sobre los ejércitos patriotas. Por apoyarse en los explotados y por aspirar a esa "América, la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria", es que se le echa encima la misma aristocracia antimirandina y los espías de Norteamérica, en momentos en que apenas se bajaba del caballo para planear la liberación de Cuba y Puerto Rico.

Al final, el Libertador, acorralado por su propia clase y el puñal yacónfilo, expresaría en su postrer y sincero delirio físico: "¡Vámonos! ¡Vámonos! Esta gente no nos quiere en esta tierra... ¡Vámonos, muchachos!... lleven mi equipaje a bordo de la fragata".

Imaginamos, entonces, a Miranda recibiéndolo en la eternidad: "¿Te convenciste de que estos mantuanos del coño no saben hacer sino bochinche?".

Vistas las cosas, desde el punto de vista histórico, es por ello que nuestra admiración y amor al Bolívar Libertador no puede ser inversamente proporcional a la admiración que nos merece nuestro Precursor.

Aun los hijos de Miranda, Leandro y Francisco, vinieron de Londres a ponerse a las órdenes de Bolívar. Francisco fue de los pocos que lo acompañaron hasta el final presenciando y llorando su agonía en Santa Marta.

Analizada la vida y el proyecto de Miranda, recogido y perfeccionado por Bolívar (hasta donde pudo), observamos que nada tiene que ver con la cristalización de la ideología burguesa propiamente dicha.

Hace rato que la burguesía se hizo del poder en América Latina sin que ello haya conllevado a la materialización de los sueños de Miranda o de Bolívar. Bastante tiempo y recurso ha tenido para aplicar las recetas rousseaunianas como le ha dado la gana, pero nunca se ha atrevido a dar el golpe de timón antimperialista como lo dieron los padres de la patria, y más bien se ha aliado a los "vecinos del Norte", cuya fortaleza estriba en nuestra división. En su momento los yanquis llamaron al Libertador, y por ende a Miranda: "Estadista teórico de imaginación fermentada con los propósitos flotantes e indigestos de esa gran confederación americana".

Entonces la empresa de Miranda y de Bolívar sigue trunca. No va a ser fácil culminarla, sobre todo si dejamos a esta burguesía, socia de los búfalos rubios, seguir conduciendo nuestros destinos nacionales.

Para nosotros, cachorros legítimos de Bolívar y nietecitos del viejo Francisco, el problema está en armarnos de la dignidad y clarividencia, internacionalismo, sentido de la diplomacia y consecuencia mirandinos, de la terquedad creadora de Simón y la pureza y el corazón de Sucre.

Tal vez, en las próximas décadas podamos estrenar nueva Venezuela: para eso está la gente decente y el prójimo trabajador, y los avances de la ciencia social y militar.

Nuestra historia no admite pérdidas.

Índice general



Edición digital
noviembre de 2016
Caracas - Venezuela.

Francisco de Miranda

Peregrino de la libertad

Francisco de Miranda es símbolo indiscutible de la lucha nuestramericana, sin embargo, como lectores críticos podríamos preguntarnos cómo ver la labor de un héroe sin exaltarlo más allá de su dimensión humana. En la presente obra el lector encontrará la respuesta a esta interrogante. Si bien el autor ve en Miranda, Sucre y Bolívar "la trinidad del Dios de Colombia", el objetivo de su relato no es engrandecer al individuo ni deshumanizarlo, sino mostrarnos a un hombre en medio de las contradicciones propias de su tiempo. A lo largo de trece capítulos Alí Gómez García narra, en su habitual prosa desenfadada, incendiaria y envolvente, el periplo internacionalista del Gran Precursor con la ventaja que lo destaca sobre cualquier historiador: ser no solo heredero de una lucha histórica sino su protagonista.

Alí Gómez García (Venezuela, 1951 - Nicaragua, 1985)

Internacionalista, guerrillero, escritor, poeta y ñángara. Desde muy chamo comenzó a militar en el barrio La Vega de la mano del padre Wuitack. A los 17 años abandona sus estudios de Medicina en la Universidad Central de Venezuela y un año después se incorpora a la lucha guerrillera con las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN). En 1978 se va a Nicaragua y forma parte del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Cae el 8 de mayo de 1985 en cumplimiento de su deber. La Fundación Editorial El perro y la rana le ha publicado también *Las historias del Mugre* y *Falsas, maliciosas y escandalosas reflexiones de un ñángara*, obra con la que gana el premio Casa de las Américas el mismo año de su muerte.



